

Ejercicios de los universitarios de Comunión y Liberación

«¿ACASO ALGUIEN NOS HA PROMETIDO ALGO? Y ENTONCES, ¿POR QUÉ ESPERAMOS?»

RÍMINI, DICIEMBRE 2012

HUELLAS



7 de diciembre, por la noche

«Espera» es la palabra que nos define a cada uno de nosotros. Y es esta espera lo que nos ha traído hasta aquí, pues de otro modo no habríamos venido. Pero, al mismo tiempo, todos sabemos que dicha espera se ve obstaculizada por muchas preocupaciones; mil distracciones tratan de separarnos de esta espera que es cada uno de nosotros, quieren separarnos de nosotros mismos, de la verdad más profunda de nuestra persona.

Por eso, conscientes de nuestra debilidad, de nuestra fragilidad, pidamos al Espíritu que nos haga ser nosotros mismos, es decir, lo que verdaderamente somos: espera ilimitada de cumplimiento.

*Desciende Santo Espíritu
Ballata dell'uomo vecchio¹*

Saludo a cada uno de los que habéis venido desde Argentina, Austria, Bélgica, Rusia, Eslovenia, España, Suiza, Uganda, además de Italia, con este grito, como acabamos de cantar. Porque a medida que pasa el tiempo, a medida que avanza la vida, más cuenta nos damos de lo necesitados que estamos, de lo ilimitada que es nuestra espera.

Por eso no ha dejado indiferente a nadie el título que hemos elegido para los Ejercicios de este año. Cada uno os habéis sentido provocados, porque esta frase toca una fibra sensible en nosotros, como dice una amiga nuestra: «Cuando me enteré del título de los Ejercicios me asusté un poco, porque no se trataba de algo banal: “¿Acaso alguien nos ha prometido algo? Y entonces, ¿por qué esperamos?”. Para mí la pregunta no es sólo esta, sino que implícitamente incluye otra: ¿acaso espero algo? ¿Espero algo o no? En mi vida, llena de cosas, ¿debo encontrar el tiempo para esperar o vivo esperando? Porque hay un abismo entre ambas opciones. De hecho, si busco únicamente cuando me veo libre de todo lo demás,

¹ C. Chieffo, «Ballata dell'uomo vecchio», en *Cancionero*, Comunión y Liberación, Madrid 2007, p. 321.

quiere decir que no amo, porque cuando estás enamorada la presencia del rostro amado permea las cosas que tienes que hacer. Si vivo esperando, la puerta de mi corazón se queda entreabierta a la posibilidad de que la Presencia que espero entre en cualquier circunstancia, incluida la que estoy viviendo. La lucha entre estas dos posiciones se da continuamente en mí, todos los días».

1. Esto define nuestro ser, y los genios de la poesía lo han percibido y expresado de modo excepcional: «Encerrado entre cosas mortales / (También el cielo estrellado se acabará) / ¿Por qué ansío a Dios?»², dice Ungaretti. «¿Por qué ansío?». Que no os distraiga ahora la palabra “Dios”: ¿por qué ansío tanto? ¿Por qué es tan potente este grito, esta urgencia? Ansío. Ansiar es desear algo intensamente, apasionadamente, casi de forma irresistible. Resulta asombroso que nosotros, aunque estemos encerrados entre cosas mortales, entre cosas efímeras, tengamos un deseo tan potente, tan ilimitado. Y caemos en la cuenta de este deseo especialmente en determinadas circunstancias.

«A la hora de responder a la provocación del título de los Ejercicios, no puedo prescindir de lo que ha marcado mi vida en los últimos días: la muerte del padre de Stefano, un amigo nuestro de Turín. Ha sido el primero de una serie de hechos excepcionales ante los que ha sido sorprendentemente fácil reconocer la presencia de Otro: en el testimonio de su mujer, de sus hijos, en el florecimiento continuo de las relaciones, en la unidad entre nosotros. Y me doy cuenta de que la hegemonía cultural, el poder del que nos hablas a menudo, influye en la conciencia que tenemos de nuestro corazón, porque en estos días he redescubierto de qué está hecho estructuralmente mi corazón. Mi corazón es espera. Estas circunstancias han vuelto a abrir la herida que constituye la naturaleza misma del corazón, han vuelto a despertar en todos nosotros la exigencia de significado, de felicidad y de verdad de la que habla *El sentido religioso*. La experiencia de los últimos días me ha mostrado con claridad que si mi deseo es tan grande es porque existe una Presencia igualmente grande que responde; este deseo es lo que ha empezado a moverme y se

ha convertido en petición». Nosotros no somos capaces de responder a este deseo, a esta espera. Pero es como si muchas veces esta espera se viera sepultada, y entonces debe suceder algo para despertarla en toda su potencia, como acabamos de escuchar. O como me contaban en la cena: la muerte repentina de la madre de una amiga nuestra, que por este motivo no ha podido venir a los Ejercicios, ha determinado una seriedad con la vida, una seriedad en la forma de estar juntos, en el modo de afrontar las cosas que les ha hecho ser ellos mismos con mayor autenticidad. Esto indica que la espera de la que hablamos no es algo pacífico, sino que es una espera que tiene que superar muchos obstáculos.

2. Rilke ha identificado perfectamente ese intento de combatir la espera que ha invadido el clima en el que vivimos y nuestro quehacer diario: «Todo conspira para callar de nosotros, un poco como se calla, tal vez, una vergüenza, un poco como se calla una esperanza inefable»³. La espera es combatida, todo conspira para hacerla callar, también entre nosotros, en la banalidad del día a día, en la distracción cotidiana; es como si esta conspiración nos afectase de muchas formas, en muchos momentos. ¿Quién de nosotros no se rinde a este reconocimiento doloroso y real?

Escribe uno de vosotros: «El ejemplo que cuento es de hoy mismo. Me he marchado de la universidad con un malestar que no sentía desde que estaba en primero. No estoy contento en absoluto, es más, me encuentro especialmente apagado. Me doy cuenta de que, desde que me he levantado, he hecho exactamente lo que había pensado, he cumplido todo el programa que tenía sobre el día, he estudiado cosas que me gustaban, he ido a las clases que me interesaban, pero hay en mí un sentido de vacío. Lo más cierto del día de hoy es que no estoy contento, que no tengo ganas de irme a dormir, que en general el día ha terminado y no ha pasado nada. Es evidente que lo que me llena no lo hago yo, no lo sé yo, y que hasta que no acontece no hay nada que hacer. La verdad es que espero algo».

Espero algo aunque esté apagado. Como dice otro amigo al describir esta lucha, que puede ser la lucha de cada uno de nosotros: «Me pasé el primer año de universidad diciendo que no a todo lo que me proponía

2 G. Ungaretti, «Dannazione», en *Vita di un uomo. Tutte le poesie*, Mondadori, Milano 1992, p. 35.

3 R.M. Rilke, «Seconda Elegia», vv. 42-44, en *Elegie duinesi*, Einaudi, Torino 1968, p. 13.

el movimiento y en general la realidad misma. Detrás de este “no” había una serie de prejuicios que nacían sobre todo de la confrontación con la comunidad y de la experiencia que había tenido en el movimiento hasta entonces. Me lamentaba continuamente, creando justificaciones razonables en apariencia, que me permitían sobrevivir a resguardo de las mil provocaciones que me llegaban. Este “no” repetido e incesante había reducido de forma sustancial las preguntas que tenía acerca de la vida, mis exigencias, mi deseo. Ya no esperaba nada de la realidad. Después de años viviendo dentro del movimiento, había madurado una posición burguesa con respecto al movimiento y a la vida, porque ya me lo sabía todo, no necesitaba preguntar nada. Había reducido incluso la experiencia del movimiento a “cuestión intelectual”, a “idea sobre la vida y sobre Dios”, había eliminado la hipótesis de que fuese un lugar para mí, que se me había dado para mi maduración. Es más, la comunidad se había convertido en un lugar que iba en mi contra. Empecé el segundo año lleno de perplejidad y de preocupación, desorientado y sin saber por qué estaba todavía ahí, por qué absurdo motivo no abandonaba todo. Hasta que sucedió lo que no me esperaba. Una noche, tomando una cerveza con un amigo, decidí exponerle mi perplejidad y mis dudas con respecto a la comunidad, no para lamentarme, como si la responsabilidad de mi insatisfacción recayese sobre él, sino para tratar de comprender por qué, después de la experiencia totalizante que había vivido antes de llegar a la universidad, ahora me encontraba distante, casi en desacuerdo con todo. A sus preguntas secas e inopinables me veía buscando excusas y justificaciones para no responder, esquivando el problema, pensando que no había comprendido bien lo que quería decir, que no me conocía lo suficiente como para comprender mi problema. Sin embargo, lo había entendido perfectamente. Tengo grabada una de las preguntas que me repetía una y otra vez, a la que yo trataba de mil formas de no responder: “Pero tú, ¿qué buscas?”. No respondía porque desde lo alto de mi orgullo y de mi soberbia pensaba que, después de toda una vida en el movimiento, no era importante responder a estas preguntas básicas, que ya creía superadas. Cuanto más pensaba que no había comprendido cuáles eran en realidad mis problemas, más alejaba la cuestión, la aplazaba, respondía a otras cosas, porque ese “¿qué buscas?” era demasiado molesto, demasiado incómodo. Él no hacía sino ponerme

delante la verdad, nada más, y la insistencia con que lo hacía me enfurecía, porque exigía de mí un trabajo: comprender qué busco y cuáles son los instrumentos para buscarlo de forma clara. En un momento dado tuve que ceder, ya no conseguía frenar el ímpetu de la verdad, era demasiado fuerte».

Entre estas dos posiciones, la que nos recordaba Ungaretti: «¿Por qué ansío?», y la que describe Rilke: «Todo conspira», ¿quién tiene razón? ¿Espera o conspiración? Es una alternativa que debemos mirar cara a cara: por un lado, lo que ansiamos, lo que sorprendemos dentro de nosotros ansiando con intensidad y, por otro, esta conspiración que descubrimos a nuestro alrededor y dentro de nosotros, de la que también somos cómplices. ¿Quién tiene razón? No es un problema de alinearse con uno u otro, no es un problema de sentimientos ni de opiniones: es un problema de verdad: ¿quién tiene razón?

3. He aquí el tercer punto, en el que se inserta el tema de nuestros Ejercicios: «Qué grande es el pensamiento de que verdaderamente *nada se nos debe*. ¿Acaso alguien nos ha prometido algo? Y entonces, ¿por qué esperamos?»⁴. ¿Por qué es más verdadera la espera que la conspiración contra ella? ¿Por qué es más verdadera? Porque, como hemos visto, nada puede eliminarla, aunque pueda estar sepultada bajo mil distracciones, bajo mil prejuicios, bajo mil objeciones. ¿Por qué seguimos esperando? Llevaremos con nosotros esta frase de Pavese hasta la tumba: «Y entonces, ¿por qué esperamos?». Que cada uno diga si puede oponer algo a esta pregunta. El gran gesto de amistad que un hombre puede tener hacia otro hombre es plantearle una pregunta verdadera: «¿Acaso alguien nos ha prometido algo? Y entonces, ¿por qué esperamos?». La espera atestigua la estructura de nuestra naturaleza, la esencia de nuestra alma. Nosotros esperamos porque la promesa está en el origen, es el origen de nuestra hechura, de cómo estamos hechos. Quien ha hecho al hombre lo ha hecho como promesa. Y esto lo sabemos justamente porque esperamos.

Don Giussani nos recuerda que «el hombre espera *estructuralmente*, es mendigo por estructura; la vida es estructuralmente promesa»⁵.

4 Cf. C. Pavese, *El oficio de vivir*, Seix Barral, Barcelona 1992, p. 310.

5 L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 82.

Podemos hacer o decir todo lo que queramos – tratar de distraernos de todas las formas que sabemos, ser cómplices de la conspiración que existe actualmente alrededor de esta espera; cada uno puede añadir todo lo que sabe o las estrategias que usa para evitar mirarla, incluso estando juntos podemos no tener el valor de mirarla –, pero no podemos arrancarnos esta espera, porque constituye la estructura de nuestra naturaleza. No hemos decidido nosotros tenerla, ni podemos decidir suprimirla, no depende de nosotros, no podemos hacer nada. Podemos, eso sí, decidir secundarla u oponernos a ella, amarla u odiarla: esta es la alternativa que se nos plantea cada día a cada uno de nosotros.

Ansío porque la sustancia del “yo” es espera, y si la estructura original del hombre es espera, lo más terrible que puedo hacer contra esta naturaleza que soy yo es no esperar nada. Escribe Pavese: «Esperar es también una ocupación. Lo terrible es no esperar nada»⁶. Esperar es dramático, pero es trágico no esperar nada. De hecho, la alternativa a la espera es el aburrimiento. Lo expresa muy bien Blanchot: «La putrefacción de la espera [es] el aburrimiento»⁷. Pero esta espera es tan resistente que, como escribe Marcel Proust, «aunque se sepa que no queda nada que esperar, siempre se sigue esperando»⁸; ella es de tal modo una sola cosa con nosotros, define de tal forma cada fibra de nuestro ser, que no podemos dejar de esperar. Como dice de nuevo Rilke: «Distraído siempre, todavía a la espera, / como si todo te anunciase una amada». Uno se sorprende “distraído” esperando. Como cuando uno está enamorado: «¿En qué estás pensando?» «¿En qué crees que piensas?». «Distraído siempre, todavía a la espera, / como si todo te anunciase una amada»⁹.

Desde los escritores a los cantantes, el tema es el mismo, como hemos visto en la exposición sobre el rock'n'roll del Meeting de este año, por ejemplo en esta canción del grupo inglés Coldplay: «No sé a dónde estoy yendo, no sé por qué camino he llegado, estrecha mi cabeza en tus manos, necesito a alguien que comprenda, necesito a alguien, alguien que escuche. Te he esperado todos estos años, por ti esperaría hasta la llegada del reino,

hasta que mi día, mi día llegue. Y di que llegarás y me liberarás. Di solo que esperarás, que me esperarás»¹⁰. Domina la espera, como en el canto con el que hemos empezado.

Esta espera nos es testimoniada por personas muy distintas, que nos ayudan de una forma u otra a sentir algo que toca la fibra de nuestro ser, que nos define. Escuchemos esta poesía de Reborá: «Desde la imagen tensa / vigilo el instante / esperando algo inminente / – y no espero a nadie [no espero nada concreto, porque nada me basta]: / en la sombra encendida / espío el timbre / que imperceptible expande / un polen de sonido – / y no espero a nadie: / entre cuatro paredes / estupefactas de espacio / más que un desierto, / no espero a nadie. / Pero debe venir; / vendrá, si resisto, / a retoñar no visto, / vendrá de improviso, / cuando menos lo advierto: / vendrá casi un perdón / de cuanto hace morir, / vendrá a hacerme cierto / de su tesoro y el mío, / vendrá como alivio / de sus penas y las mías / vendrá, acaso ya viene / su murmullo»¹¹. Vendrá.

Para estar preparados para esta llegada, empezamos pidiendo la espera en estos días. Pidamos esta espera, pidamos reconocer esta espera para ser nosotros mismos, para coincidir con nosotros mismos, para estar disponibles a la respuesta, ayudándonos con las palabras que hemos cantado: «Escúchame, quédate aún aquí, vuelve a repetirme tu palabra. Repíteme aquella palabra que un día me dijiste y que me liberó»¹². Podemos estar seguros de su llegada porque, como dice el Papa, «Dios [...] no se cansa de buscarnos, es fiel al hombre que ha creado y redimido, permanece cercano a nuestra vida, porque nos ama. Esta es una certeza que nos debe acompañar cada día»¹³.

Como dice nuestra amiga: «La primera vez que escuché el título de estos Ejercicios me quedé sin palabras. Casi me daba miedo, porque me había tocado el corazón de verdad. Hice como si nada, conformándome con inscribirme a los Ejercicios, segura de que tus palabras me darían luz. Pero cada vez que volvía a escuchar el título, mi corazón se sobresaltaba, y he entendido por qué: ante la pregunta de Pavese no puedo y no quiero hacer

6 C. Pavese, *El oficio de vivir*, op. cit., p. 327.

7 M. Blanchot, *L'attesa, l'oblio*, Guanda, Milano 1978, p. 53.

8 Cf. M. Proust, *En busca del tiempo perdido*, vol. II, *A la sombra de las muchachas en flor*, Alianza Editorial, Madrid 2011.

9 R.M. Rilke, «Prima Elegía», vv. 31-32, in *Elegie duinesi*, op. cit., p. 5.

10 Coldplay, «Til Kingdom Come», del CD *X&Y*, Capitol Records, (2005).

11 C. Reborá, «Dall'immagine tesa», en *Le poesie*, Garzanti, Milano 1988, p. 151.

12 C. Chieffo, «Ballata del uomo vecchio», en *Cancionero*, op. cit., p. 322.

13 Benedicto XVI, *Audiencia general*, 14 noviembre 2012.

como si nada, necesito responder: ¿qué espero yo? La radicalidad de esta pregunta ha sido la misma radicalidad que ha caracterizado estos últimos meses. Hace un par de meses me vi contra la pared, sola con mis miedos y con mis continuos fracasos. No era capaz de quererme a mí misma, no me interesaba lo que estudiaba, me costaba estar en la universidad, no sabía querer a mi novio y a mis amigos. Además, estaba completamente rota por la ansiedad. Sin embargo, en un momento dado un amigo empezó a mirarme de forma distinta, me quería como era y al mismo tiempo me desafiaba, con una libertad y una pasión por mi destino que nunca había visto. Era querida. Ha sido esta mirada lo que ha empezado a cambiarme lentamente. Antes, todas las razones para creer que mi vida tenía sentido, que Dios me había hecho y me había hecho bien, eran razones abstractas, y cuanto más las repetía, más viejas y rancias se volvían. Pero cuando ese amigo empezó a mirarme de esa forma tan verdadera todo cambió, porque las razones ya no eran una idea, se habían hecho carne, ya no podía pensar en mí prescindiendo de esa mirada, ya no podía estudiar sin desear al menos tener su misma pasión, no podía mirar a mi novio sin desear amarlo como es, porque existe, y esa cruz tan pesada se convirtió en mi mejor arma. Mentiría si te dijera que preferiría estar tranquila, como parece estar el resto del mundo, pero no miento si te digo que hoy puedo afirmar con certeza que Dios no me ha hecho mal. Estos meses he podido hacer un trabajo, he podido dar unos pasos porque he empezado a mirarme de forma completa. [Esta es la cuestión: mirarnos de forma completa]. Mi conversión cotidiana es entrar cada día en cada cosa partiendo de lo que soy sin dejar nada fuera. Ya no puedo permitirme mirar las cosas y afrontar el día sin partir de mí misma. Yo soy el primer lugar en donde el Misterio acontece, y sólo porque el Misterio sucede yo puedo mirarme así. La vida se ha convertido en un verdadero drama, porque he descubierto hasta qué punto necesito que el Misterio acontezca desvelando la verdad, desvelándome a mí misma. Sólo necesito esto, esto es lo único que me salva. El Misterio que sucede es la razón de mi esperanza, nada más».

Pidamos que este Misterio acontezca estos días.

8 de diciembre, por la mañana

«El título de los Ejercicios de este año me ha provocado mucho – escribe uno de vosotros –. Corría el riesgo de dar por descontada mi adhesión a este gesto, es más, la rutina de mi vida cotidiana la estaba cuestionando, porque para venir aquí tenía que faltar a una clase de asistencia obligatoria. Pero en cuanto leí el título de los Ejercicios se disiparon todas las dudas: ¿a dónde voy y de qué me sirve lo que hago si no tiene un horizonte? Como me sucede a menudo, percibía el riesgo de hacer todo y nada a la vez. La belleza del título se confirmó en una asamblea en la que se dijo que la frase de Pavese tenía que ver con el afecto por uno mismo, y esto es algo que quiero comprender». ¿Para qué sirve lo que hago si no tiene un horizonte? ¿Qué tiene que ver esto con el afecto por uno mismo? Este es el primer punto: el afecto por uno mismo.

1. EL AFECTO POR UNO MISMO

El afecto por uno mismo – dice don Giussani – «es un apego lleno de estima y de compasión, de piedad por uno mismo [...]. Es como tener por uno mismo un poco de ese apego que tu madre tenía por ti, sobre todo cuando eras pequeño». Imaginemos la ternura con la que una madre sostiene en brazos a su hijo recién nacido, totalmente conmovida por su existencia, consciente del deseo de felicidad que se desencadenará en él por el destino grande al que está llamado. Si no hay en nosotros un poco de esa ternura, de ese afecto por nosotros mismos – continúa don Giussani –, «es como si faltase el terreno sobre el que construir»¹⁴.

Todos sabemos que este afecto por uno mismo no es en absoluto inmediato, pues a menudo, en vez de ser tiernos con nosotros mismos, somos duros, feroces; prevalecen, sobre el afecto, la recriminación y el lamento. La ternura por uno mismo no es algo obvio. Es suficiente con que cada uno piense cuándo se ha mirado con un poco de esta ternura en

14 L. Giussani, *Uomini senza patria (1982-1983)*, Bur, Milano 2008, p. 291.

este último tiempo, y cuántas veces, en cambio, se contempla a sí mismo con una dureza, con una crueldad, con una falta de piedad que hace casi imposible que nos podamos mirar.

Para ayudarnos a descubrir cómo surge esta ternura, don Giussani nos invita a fijarnos en el fenómeno de nuestra evolución, sorprendiendo en acto cómo sucede: «En la historia psicológica de una persona, la fuente de su capacidad afectiva es una persona que reconocemos de tal modo que la acogemos y hospedamos en nosotros mismo»¹⁵. Tu afectividad se realiza al hospedar y reconocer al que tienes delante. Pensemos en el niño. La fuente del afecto, lo que hace surgir el afecto en el niño, es la presencia de su madre. Su capacidad afectiva sale a la luz respondiendo a la sonrisa, al cuidado de su madre, al amor y a la presencia de su madre. Esta presencia es tan decisiva para el niño que, si falta, se seca la fuente afectiva, porque no es algo que el niño pueda darse a sí mismo, no se da a sí mismo esta capacidad de afecto. Por eso, la primera persona a la que se apega un niño no es a sí mismo, sino a su madre. Su afecto brota ante esa presencia buena, positiva. Para hacernos comprender las cosas, el Misterio no nos las explica – no da una lección al niño sobre el afecto por él mismo –, sino que las hace suceder. El niño vive primero el afecto, siente el afecto de su madre, se apega a su madre y, poco a poco, a través de esto, empieza a apearse a sí mismo, a desarrollar su capacidad afectiva.

Don Giussani nos recuerda que, en un momento dado – todos lo sabemos por experiencia –, «ese signo natural» que es la madre «ya no basta»¹⁶, y no porque haya cambiado su actitud hacia nosotros o porque ya no esté; todo es como antes pero, en un determinado momento, es como si no bastara. ¿Por qué? Porque cada uno de nosotros ha evolucionado hacia la juventud, se ha dilatado nuestro ser, comienza a emerger nuestro rostro, la potencia de nuestro destino, la magnitud de nuestro deseo, y esa presencia se revela pequeña con respecto a todo lo que deseamos, se ve que ya no basta. ¿Cómo nos damos cuenta de esto? Nuevamente, no porque alguien nos lo explique. Uno se da cuenta de ello porque – como dice don Giussani – «se complica», empieza a sentir una ausencia de afecto, como

si ese afecto, que hasta ese momento había bastado, no fuese ya suficiente, y se siente confuso, inseguro, descompuesto¹⁷. Ese afecto era tan decisivo que, ahora, la falta de un afecto a la altura de su necesidad deja al joven desorientado, y entonces se pregunta: pero, si todos los factores son como antes, si mi madre y mi padre están y no ha cambiado su actitud hacia mí, ¿por qué ahora me siento confundido, inseguro y descompuesto? ¿Por qué ya nada me va bien?

Si no comprendemos lo que sucede aquí, entonces prevalece la confusión, la inseguridad, y en esta confusión empieza la carrera por tratar de llenar este vacío de mil formas, tratamos de encontrar refugios, como me decía una estudiante de bachillerato: «Últimamente me pasa a menudo que percibo una desproporción con respecto a las cosas que hago. Cada vez que hago algo que me gusta (el voleibol, quedar con mis amigos, etc.) siento que no me satisface hasta el fondo, que no me basta, y me sumerjo en un sinfín de quehaceres que no hacen sino aumentar este grito. Quería que me ayudaras a juzgar esto que me pasa, a afrontarlo». Si no entendemos lo que nos ha sucedido en un momento determinado de nuestra vida, en esta evolución, pensamos que podemos refugiarnos en el torbellino de nuestros quehaceres. Pero, ¿qué sucede? Que en lugar de resolver el problema, lo agravamos. Y como siempre nos parece poco lo que hacemos, entonces hacemos más, hasta llegar al agotamiento. El único resultado de esto es que, en vez de resolver el problema, hace crecer el grito, el sentido de vacío. Esta chica se ha dado cuenta de que lanzarse a un sinfín de quehaceres no responde: es necesario comprender lo que se ha puesto de manifiesto en un momento dado de nuestra vida, tomar conciencia de nosotros mismos, comprender hasta el fondo lo que nos está pasando. Si no es así, no resolvemos el problema; simplemente lo reproducimos de otras mil formas. Por eso hemos dicho que se trata de tomar conciencia de nosotros mismos. Es un problema de autoconciencia.

¿Qué es esta autoconciencia? La autoconciencia es «una percepción de sí clara y amorosa, cargada de la conciencia del propio destino y, por tanto, capaz de verdadero afecto por uno mismo»¹⁸. Sólo si nos damos cuenta de quiénes somos podremos tener un afecto verdadero por

15 L. Giussani, «Ha llegado el tiempo de la persona», a cargo de Laura Cioni, *Litterae Communionis* CL n. 1, Milán 1977, p. 12.

16 *Ibidem*.

17 Cf. *Ibidem*.

18 *Ibidem*.

nosotros mismos. Por tanto, ¿qué ha sucedido? Que en un momento dado de nuestro desarrollo se ha puesto de manifiesto la estructura última de nuestro “yo”. El deseo y la espera que nos constituyen se han vuelto conscientes en todo su alcance. ¿Por qué esa chica se da cuenta de que nada le basta? Porque se ha dilatado en ella de modo definitivo la espera del corazón, la capacidad de cumplimiento para el que hemos sido creados, se ha vuelto evidente la grandeza de nuestro destino. Y entonces uno comprende que «es el momento del Otro [con O mayúscula], otro que sea verdadero, permanente, que nos constituye, el momento de la presencia inexorable y sin rostro, inefable»¹⁹. Si no caemos en la cuenta de esto, terminamos sustituyendo a los padres por otra presencia, porque no nos damos cuenta de que en ese momento se ha desvelado con claridad quién soy yo, que yo estoy hecho para ese Otro. Si esto no sucede no terminamos de salir de la adolescencia, porque nunca damos el paso verdadero hacia el reconocimiento de este Otro, Otro inefable al que todavía no conozco, sin rostro, porque no sé identificar los rasgos de ese Otro al que soy constantemente lanzado, al que tiende todo mi “yo”. Sin este paso, la adolescencia parece no terminar nunca.

Don Giussani es un verdadero amigo porque nos ayuda a leer, comprender y juzgar esto: «La juventud es el tiempo del “Tú” [con mayúscula] en el que el corazón se sumerge [...] como en un abismo, es el tiempo de Dios»²⁰. Si no reconocemos a este “Tú”, si no reconocemos a este Otro que ha hecho mi vida, no podremos tener ternura por nosotros mismos, y por eso nos embarullamos cada vez más, nos complicamos cada vez más, estamos cada vez más confusos. Porque en este momento el Misterio, haciendo vibrar todo vuestro deseo, os hace comprender que vuestra vida encierra algo misterioso, y entonces comprendéis que estáis hechos para un destino grande, misterioso: «Te percibes con un dinamismo, con un empuje irreversible hacia un horizonte ilimitado que nunca consigues alcanzar del todo, pero que es un ideal de felicidad, de verdad, de justicia, de belleza, de bondad, cuyos bordes no se pueden abarcar, un dinamismo potente que no me deja tregua y que me empuja hacia un límite desconocido, hacia una orilla que está más allá de todo lo

que veo, que está más allá de todo lo que toco, de todo lo que hago»²¹. Si no llegamos a ser conscientes de esto, no nos comprenderemos a nosotros mismos y no entenderemos por qué nada nos satisface, por qué lanzarse a un torbellino de quehaceres no responde. Al crecer, nuestro “yo” se ha desvelado en su verdadera naturaleza, se ha descubierto más grande, ha salido a la luz aquello para lo que ha sido creado.

Podemos resumir esta experiencia – el hecho de que en un momento dado ha salido a la luz aquello para lo que hemos sido creados – con una frase de Jesús que condensa la raíz de lo que está sucediendo en nosotros: «Pero, ¿de qué te sirve, de qué te sirve tener todo lo que quieres si te pierdes a ti mismo?»²². Esta es la pregunta que todo hombre en cualquier latitud, en cualquier época de la historia debe reconocer en sí mismo, porque es la que mejor describe lo que sentimos vibrar dentro de nosotros. ¿De qué me sirve ganar el mundo entero, meterme en este torbellino de quehaceres, si nada de esto me satisface, es más, me hace perderme a mí mismo? ¿Qué violencia se introduce en la vida contra todo y contra todos si no se entiende esto! Si no se entiende, es difícil un verdadero afecto por uno mismo. Porque entonces me enfado primero con mi madre porque no me basta su presencia, y no me entiendo ni a mí mismo, luego la tomo con los amigos, con la novia, conmigo mismo, y me termino enfadando con todo. En lugar de afecto por uno mismo, dice don Giussani, sólo hay resentimiento: «En la adolescencia no hay afecto por un mismo, sino “resentimiento” hacia uno mismo»²³. Tenéis que admitir que vivir con resentimiento hacia todo y hacia todos, empezando por uno mismo, no es lo máximo a lo que se puede aspirar en la vida.

En el momento en que aflora mi humanidad con toda su potencia, el afecto por mí mismo no puede dejar fuera mis exigencias, mis necesidades tal como se manifiestan. Por eso insiste don Giussani: «Este afecto por uno mismo se traduce normalmente en la seriedad con las propias necesidades, en la seriedad con la que miro las propias necesidades»²⁴, en la lealtad con el deseo tal como se ha despertado ante nuestros ojos.

21 J. Carrón, «También nosotros queremos ser “vergonzosamente felices”». *La vida como vocación*, en www.clonline.org

22 Cfr. *Mt* 16, 26.

23 L. Giussani, *Uomini senza patria...*, op. cit., p. 292.

24 *Ibidem*, p. 295.

19 *Ibidem*.

20 *Ibidem*.

2. LA NATURALEZA DEL DESEO

En un determinado momento de nuestra evolución, por tanto, emerge con potencia en cada uno de nosotros la naturaleza de nuestro deseo, un deseo sin medida, ilimitado. Caemos en la cuenta del destino para el que hemos sido hechos, comprendemos que hemos sido creados para el infinito, para Otro (con mayúscula), y que la juventud es el tiempo del Otro, el tiempo del “Tú”. Pero todo esto no lo comprendemos de golpe. La dinámica de la realidad, tal como la sorprendemos en la experiencia, nos educa en el sentido del Misterio, en el sentido del Otro, del “Tú”. Detenemos un instante para ver cómo todo lo que vivimos propone de nuevo esta experiencia y nos educa constantemente en el sentido del Misterio resulta decisivo.

En el camino que nos está ayudando a recorrer sobre el tema de la fe, Benedicto XVI se ha detenido en el deseo del hombre y en la dinámica con la que dicho deseo se desarrolla en la vida, como paso, como camino para afrontar la cuestión: «El camino de reflexión que estamos realizando juntos en este Año de la fe nos conduce a meditar hoy en un aspecto fascinante de la experiencia humana y cristiana: el hombre lleva en sí un misterioso deseo de Dios», como afirma también el Catecismo de la Iglesia católica: «El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar». Continúa el Papa: «Muchos contemporáneos nuestros podrían objetar que no advierten en absoluto un deseo tal de Dios. Para amplios sectores de la sociedad Él ya no es el esperado, el deseado [lo veis con vuestros compañeros de universidad: muchos podrían decir: “No veo en mí ese deseo”, parecen indiferentes, pero el Papa continúa:]. En realidad lo que hemos definido como “deseo de Dios” no ha desaparecido del todo y se asoma también hoy, de muchas maneras, al corazón del hombre»²⁵.

Es importante entender cómo se asoma, porque uno no descubre en sí este deseo de Dios hablando de él en abstracto. Muchas veces también vosotros decís: «Es abstracto», casi igual que vuestros compañeros. El Papa

nos guía para ayudarnos a leer en la experiencia de qué modo se asoma a nuestra vida de forma concreta este Dios, este Otro. «El deseo humano – explica – tiende siempre a determinados bienes concretos, a menudo de ningún modo espirituales, y sin embargo se encuentra ante el interrogante sobre qué es de verdad “el” bien». De hecho, si lo que yo deseo fuese sólo este bien concreto, debería bastarme, y en cambio no es así; me veo empujado al «interrogante sobre qué es de verdad “el” bien, y por lo tanto ante algo que es distinto de sí mismo, que el hombre no puede construir, pero que está llamado a reconocer»²⁶. ¡No es en absoluto abstracto! ¿Por qué, si “el” bien es abstracto, no me conformo con un bien concreto y deseo otra cosa? ¿Por qué no me quedo en lo concreto, que es aparentemente lo que deseo? Por eso surge en el hombre la pregunta que plantea el Papa: «¿Qué puede saciar verdaderamente el deseo del hombre?». ¿Por qué me hago esta pregunta? ¿Por qué os hacéis tantas veces esta pregunta? ¿Es tal vez abstracto este deseo que va más allá? ¡No, es lo más concreto, lo más provocador que encontramos en nosotros! No abrimos la boca, no podemos decir o hacer nada sin que este deseo esté presente de forma evidente: “grita” en cada cosa que decimos, en cada experiencia que hacemos. Es lo que se pone de manifiesto, por ejemplo, en el amor, como observa el Papa: «Ese dinamismo se lleva a cabo en la experiencia del amor humano, experiencia que en nuestra época se percibe más fácilmente como momento de éxtasis, de salir de uno mismo; como lugar donde el hombre advierte que le traspasa un deseo que le supera»²⁷. ¿Por qué deseas más? ¿Por qué deseas más cuando está ahí, cuando tienes al chico o la chica que esperabas, no cuando no lo has encontrado todavía? Descubres que tu deseo supera incluso esto.

«Quería contarte un hecho que está cambiando mi vida, sobre todo la concepción que tengo de mí misma. Hace algunas semanas, después de días de aridez absoluta, quedé una tarde con mi novio en la universidad para tomar un café, deseosa de saber cómo estaba, de pasar un rato con él, y tal vez de descargar sobre él alguna de mis preocupaciones. No hemos entrado todavía en el bar y empezamos a discutir porque nada del otro nos parecía bien [con frecuencia se dice que los caracteres no son compatibles, pero lo que se dice sobre los caracteres compatibles o incompatibles son tonterías,

²⁶ *Ibidem.*

²⁷ *Ibidem.*

²⁵ Benedicto XVI, *Audiencia general*, 7 noviembre 2012.

porque no es ese el problema. Podemos estar juntos con temperamentos muy distintos con tal de saber dónde está lo central]. En resumen, dos completos extraños. Empezamos a discutir por una estupidez y yo traté, como es habitual en mí, de “echarle un sermón” de buenas palabras para convertir a ese al que a veces etiqueto como “el rebelde de mi novio”, y así hasta que, cuando terminamos de gritarnos el uno al otro, vi en sus ojos y en su rostro una tristeza tan extraña como familiar. Entonces traté de cambiar de tema y volví a mi estudio. Por la noche, después de una fiesta de graduación de dos amigos, me acompañó a casa en el coche y en un momento dado, con lágrimas en los ojos, me dijo: “Ya no me basta nada: ni el estudio, ni los amigos, ni tú. Sois demasiado poco para mí”. Con un poco de rebeldía y otro tanto de conmoción, le abracé. Nunca hasta ese momento había comprendido que él no es mío y que yo no puedo hacerle feliz, que puedo decir todo lo que quiera, que puedo atiborrarle de todas las cosas bonitas que vivo y tratar de resolverle la vida con buena fe, pero su corazón pide más. ¿Quién es el que pone en sus ojos y en su corazón toda esa tristeza? ¿Quién puede cumplir su vida? Estas preguntas han suscitado una distancia buena entre nosotros: él se ha convertido en algo sagrado, sagrado porque es signo del buen Dios que le está llamando y que también me está llamando a mí ahora. Y se ha convertido en signo no porque me diga cosas adecuadas o porque sea el novio ideal, sino gracias a la tristeza divina de sus ojos. Me he dado cuenta de que respiro sólo si Él toma e invade toda mi vida, porque ni siquiera soy capaz de querer a mi novio, que es la persona más querida para mí. Reconocer esto no es algo que pueda hacer pacíficamente, porque la tierra empieza a temblar bajo mis pies y cada día es una lucha entre la posesión morbosa y egoísta de las cosas y la conciencia de que todo pertenece a Otro. No es algo fácil, pero es lo único que me corresponde, porque nunca soy tan yo misma como cuando Cristo me sucede y me invade con Su presencia».

Entonces, amigos, amar a otro es amar ese destino, es abrazar esa tristeza divina. Y si reducís todo a posesión, en realidad no poseéis al otro, poseéis su aspecto más efímero, más aparente, pero no le amáis, porque el otro está hecho de esa tristeza, de ese deseo que le hace consciente de que sois demasiado poco para él. Por tanto, dice el Papa, a través de la experiencia amorosa podrá «profundizarse progresivamente, para el hombre, el

conocimiento de ese amor que había experimentado inicialmente. Y se irá perfilando cada vez más también el misterio que este representa». De hecho, «ni siquiera la persona amada [...] es capaz de saciar el deseo que alberga en el corazón humano; es más, cuanto más auténtico es el amor por el otro, más deja que se entreabra el interrogante sobre su origen y su destino, sobre la posibilidad que tiene de durar para siempre. Así que la experiencia humana del amor tiene en sí un dinamismo que remite más allá de uno mismo; es experiencia de un bien que lleva a salir de sí y a encontrarse ante el misterio que envuelve toda la existencia». Existen otras experiencias parecidas a esta fundamental del amor, y el Papa las enumera: «Se podrían hacer consideraciones análogas también a propósito de otras experiencias humanas, como la amistad, la experiencia de lo bello, el amor por el conocimiento: cada bien que experimenta el hombre tiende al misterio que envuelve al hombre mismo; cada deseo que se asoma al corazón humano se hace eco de un deseo fundamental que jamás se sacia plenamente»²⁸.

Nada nos basta, nada puede colmar nunca nuestro corazón. Esta experiencia es la misma que la de los ídolos musicales, a los que tantas veces envidiamos, como describe John Waters en la exposición sobre el rock: «Con frecuencia, sólo cuando una estrella del pop muere tenemos la posibilidad de observar lo ordinaria o llena de sufrimiento que estaba la vida de alguien que pensábamos que tenía todo lo que nosotros queremos, viviendo en una burbuja libre de las preocupaciones humanas. En ese fotograma cristalizado en el que se descubre el cuerpo, nos permitimos mirar hacia una vida que siempre habíamos imaginado como completa, y descubrimos que era todo menos eso. “¿Qué sucede cuando tienes todo?”. Cuando una estrella del pop ve truncada su vida por eso que se denomina “excesos”, entonces nos fijamos y buscamos indicios. En poco tiempo llegamos a la típica conclusión: “Ah, las estrellas del pop, un estilo de vida excesivo, inclinación hacia el abuso del alcohol y de las drogas”, y raramente vamos más al fondo de este análisis superficial. Tal vez a un nivel más profundo y oscuro advertimos un sentimiento de venganza: hay que decir algo para ser “normales”. Pero en realidad estas explicaciones nos impiden

²⁸ *Ibidem*.

comprender la vida de una persona que ha muerto. Lo que omiten las historias de la “trágica Amy” o de la “Whitney solitaria” es la medida en la que la vida personal de una estrella se parece a la vida personal de todos nosotros. Intérpretes como Amy o Whitney han sido bendecidas con un enorme talento, que les ha traído fama, riqueza y una oportunidad que la gran mayoría de las personas sólo puede soñar. Llevan vidas en las que grandes mansiones, coches costosísimos y suites de hotel están a la orden del día. Viven hiperprotegidas, rodeadas de escoltas, muros altos y vallas electrificadas. Las vidas de estas personas, una vez que dejan el escenario y vuelven a sus existencias blindadas, pueden ser muy distintas de lo que imaginan las personas del público cuando vuelven a casa en autobús después de un concierto. Tienen todo lo que siempre han querido, pero se dan cuenta de que ahora, que tienen todo, este todo no satisface una cierta necesidad que permanece obstinadamente presente [una necesidad a la que nosotros acusamos con frecuencia de ser abstracta: decimos que es abstracta, ¡y nos parece que por ello somos geniales!] incluso cuando el mundo les mira con veneración y envidia. A menudo se sienten aisladas, con una distancia entre ellas y cualquiera que esté a su alrededor. De entre las personas que conocen, nadie parece ser indiferente a su riqueza y a su fama, y por ello empiezan a desconfiar de todo el mundo, creyendo que no gustan a nadie y que no son queridas por lo que son [sino solamente por lo que tienen o por la fama que poseen]. Se pierden en una falsa versión de la realidad, construida por la industria para proteger su inversión. Y entonces el talento, a falta de un sostén verdadero sobre el que apoyarse, busca fuera una ayuda química. Como ha dicho Celine Dion: “Tomar pastillas para exhibirse, otras para despertarse, otras para ir a dormir”. [...] Pero el único momento real en la vida de esa persona, los únicos momentos en los que percibe una realidad que desafía su vida [...] es cuando canta sobre el escenario. En su interior, la estrella no está definida por los símbolos de la celebridad o por los frutos del éxito, sino por las mismas fuerzas emocionales que nos afligen a todos nosotros»²⁹.

«Indudablemente – dice el Papa – desde tal deseo profundo, que esconde también algo de enigmático, no se puede llegar directamente

29 J. Waters, «Memorial Room», en *Tre accordi e il desiderio di verità. Rock'n'roll come ricerca dell'infinito*, a cura di J. Waters, Società Editrice Fiorentina, Firenze 2012, pp. 76-77.

a la fe. El hombre [...] conoce bien lo que no le sacia, pero no puede imaginar o definir qué le haría experimentar esa felicidad cuya nostalgia lleva en el corazón. [...] Desde este punto de vista el misterio permanece: el hombre es buscador del Absoluto, un buscador de pasos pequeños e inciertos. Y en cambio ya la experiencia del deseo, del “corazón inquieto” – como lo llamaba san Agustín –, es muy significativa. Esta atestigua que el hombre es, en lo profundo, un ser religioso [...]. Podemos decir con las palabras de Pascal: “El hombre supera infinitamente al hombre”³⁰.

El Papa nos invita, por tanto, a llevar a cabo una «pedagogía del deseo», a hacer un camino, a usar todas las cosas que nos suceden con el fin de abrirnos a este misterio, desde las alegrías auténticas de la vida, que hacen emerger el deseo de Dios, a la experiencia de que nada nos satisface, para que podamos aprender a esperar desarmados ese bien que no podemos construir o procurarnos y a no dejarnos desanimar por la fatiga y por los obstáculos que proceden de nuestro mal, de nuestro pecado.

Dice uno de vosotros: «En el tiempo que estudiaba para un examen murieron con pocos días de diferencia dos personas conocidas, aunque no muy cercanas. Estos dos hechos me dejaron inquieta, y me planteaban dos posibilidades: pensar que mi estudio es inútil (porque, total, todo termina en la nada), o pedir que pueda vivir todo, incluso mi examen, de modo que esté a la altura de la vida y la muerte. La primera posibilidad, que se me presentaba todas las mañanas, eliminaba la promesa de bien que he intuido en mi vida. Parecía que esta promesa no era lo suficientemente fuerte como para darle crédito, y el resultado de esta posición es que vivía todo con suficiencia y desinterés, sin esperar nada. Gracias sobre todo al trabajo de la Jornada de apertura de curso, he empezado a dar espacio a la hipótesis de que toda la realidad es para mí, de que cualquier experiencia que hago [del amor, de la amistad, de la belleza, de todas estas cosas que enumera el Papa] es para mí, para mi maduración, es decir, para mi autoconciencia, para que yo me dé cuenta de quién soy, de lo que verdaderamente deseo, y me he dado cuenta de que deseo mucho más que pasar un examen, de que lo que quiero de mi vida no son muchos pequeños éxitos, sino el cumplimiento».

30 Benedicto XVI, *Audiencia general*, 7 noviembre 2012.

Pero muchas veces, como señalaba el Papa, uno se bloquea por sus propios errores. «En este periodo – me dice uno de vosotros – veo crecer en mí un cinismo que deriva no del hecho de no encontrar nada, sino de traicionar lo que he encontrado. Después de haber cometido algunos errores, me doy cuenta de que la concepción que tengo de mí mismo está determinada por esos errores e incoherencias».

Siendo consciente de esto, el Papa nos dice: no os dejéis desanimar por la fatiga y por los obstáculos que proceden de vuestro pecado, porque «también después del pecado permanece en el hombre el deseo apremiante de este diálogo, casi una firma grabada con fuego en su alma y en su carne por el Creador mismo. El Salmo 63 nos ayuda a entrar en el corazón de este discurso: “Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo; mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua”. Ningún mal, ninguna equivocación puede eliminar esto; «no sólo mi alma, sino cada fibra de mi carne está hecha para encontrar su paz, su realización en Dios. Y esta tensión es imborrable en el corazón del hombre: incluso cuando se rechaza o se niega a Dios, no desaparece la sed de infinito que habita en el hombre. [...] La sed del alma y el anhelo de la carne de los que habla el salmista no se pueden eliminar»³¹. Este es el signo de que el deseo de Dios no está definido por nuestro mal, y de que el Misterio nos sostiene todavía, pues en caso contrario Dios nos habría eliminado de la faz de la tierra.

El deseo permanece. «No se trata de sofocar el deseo que existe en el corazón del hombre, sino de liberarlo, para que pueda alcanzar su verdadera altura. Cuando en el deseo se abre la ventana hacia Dios, esto ya es señal de la presencia de la fe en el alma, fe que es una gracia de Dios. El mismo san Agustín afirmaba: “Con la espera, Dios amplía nuestro deseo; con el deseo amplía el alma, y dilatándola la hace más capaz”³². Aquí se comprende hasta qué punto es falso lo que decimos a menudo, es decir, que es abstracto afirmar que somos relación con el infinito.

«Esta noche me he dado cuenta de que estoy fuerte en discursos, de que he entendido toda la teoría, pero también de que luego, en lo cotidiano, no dejo que lo que he encontrado se convierta en el criterio del día a día, de

las elecciones que hago. De este modo, en vez de estar más serena en mis asuntos, crece en mí una especie de escepticismo. Por ejemplo, cuando has dicho que estamos hechos para el infinito he experimentado un cierto fastidio, porque me parecía muy abstracto. Pensaba en el piso en el que vivo, en donde me cuesta mucho la convivencia con una compañera, y decía: lo siento, pero ante ella, el hecho de que seamos relación con el infinito no se sostiene, es abstracto». Pero el hecho de estar enfadada con tu compañera, ¿demuestra que nuestro ser “relación con el infinito” es abstracto o por el contrario demuestra que es lo verdaderamente concreto? ¿Por qué no te basta cualquier tipo de relación con tu compañera de piso? ¿Sólo por el temperamento o porque deseas algo distinto también en la relación con ella? Continúa nuestra amiga: «El otro día puse en práctica exactamente este razonamiento cuando dije que estaba muy enfadada y me fui del apartamento para que me diera el aire. Sin embargo, en seguida me di cuenta de que, incluso después de haber huido y de hacer lo que me daba la gana, no estaba contenta». Entonces el problema no son los demás, porque incluso cuando escapamos no estamos contentos. «El hecho de haber pensado sin más que ella se estaba equivocando y haber escapado no me había hecho más libre, sino que me sentía más alienada. En los días siguientes hablé con una amiga, y ante ella no es que mi enfado razonable se desvaneciera, pero pensé: “Pero, ¿quién soy yo para reducir al otro a sus errores, cuando nadie me mira así a mí? Si Jesús no nos mira según nuestros errores, ¿por qué deberíamos hacerlo nosotros?”. Y he de confesarte que no fue abstracto o intelectual reconocer que somos más grandes que las reducciones que cometemos, y que esto no quiere decir que no nos afecten los errores, sino que se puede estar en pie ante ellos sin escapar. Estoy más contenta viviendo así. Me he dado cuenta de que no estoy hecha para escapar, sino para estar enteramente presente en toda mi vida».

Cuando advertimos todo el alcance de nuestro deseo, nos surge esta pregunta ante semejante grandeza ilimitada: ¿se trata de una ventaja o de una condena? ¿No es tal vez una condena desear tanto? El Papa hace referencia a esa objeción, a esa especie de rebelión que surge en nosotros: «Pero en este punto surge una pregunta: ¿no le es tal vez estructuralmente imposible al hombre vivir a la altura de su propia naturaleza? Y, ¿no es

31 Benedicto XVI, *Mensaje al XXXIII Meeting por la Amistad entre los Pueblos*, 10 agosto 2012.

32 Benedicto XVI, *Audiencia general*, 7 noviembre 2012.

tal vez una condena este anhelo de infinito que él mismo advierte sin poderlo satisfacer nunca totalmente?»³³. Muchas veces se nos plantea esta objeción: ¿no sería mejor conformarse? ¿No habría sido mejor que yo no hubiese encontrado nada o a nadie que me despertara este deseo de infinito? A veces nos gustaría que no hubiese existido ese hecho que lo despertó en nosotros, preferiríamos volver a las cebollas de Egipto, como el pueblo de Israel (eran esclavos, ¡pero por lo menos tenían cebollas!). ¿Por qué desear tanto?

«Este interrogante nos lleva directamente», cuanto más potente y dramáticamente se advierte la espera – dice el Papa –, «al corazón del cristianismo»³⁴. Es el último punto de nuestro recorrido. Lo tomo de Péguy: «Para esperar hace falta haber recibido una gran gracia»³⁵.

3. LA PRESENCIA QUE ME PERMITE AMARME AHORA

«El Infinito mismo, en efecto – dice el Papa –, para hacerse respuesta que el hombre pueda experimentar, asumió una forma finita. Desde la Encarnación, desde el momento en que el Verbo se hizo carne, quedó eliminada la insalvable distancia entre finito e infinito: el Dios eterno e infinito dejó su Cielo y entró en el tiempo, se sumergió en la finitud humana»³⁶ para dar respuesta a nuestro deseo del infinito.

Ante una noticia semejante, ¿cómo podemos estar seguros, cómo podemos saber con certeza que lo que anuncia el cristianismo ha sucedido? Los que se encontraron con Cristo le reconocieron por Su capacidad de conocer el corazón humano. «Sólo lo divino puede “salvar” al hombre; es decir, las dimensiones verdaderas y esenciales de la figura humana y de su destino sólo pueden ser “conservadas”, esto es, reconocidas, proclamadas y defendidas por aquel que es su sentido último». En efecto, Jesús, lo divino hecho carne, lo infinito que se ha hecho finito, «demuestra en su existencia una pasión por el individuo, un impulso hacia la felicidad de cada uno, que nos lleva a considerar el valor de la persona como algo inconmensurable, irreductible». Para Él, «el problema de la existencia del

mundo es la felicidad del hombre concreto»³⁷, de mí y de ti. Es lo que sorprendemos en cada página del Evangelio.

«Cuando se acercaba a Jericó, había un ciego sentado al borde del camino pidiendo limosna. Al oír que pasaba gente, preguntaba qué era aquello; y le informaron: “Pasa Jesús el Nazareno”. Entonces empezó a gritar: “¡Jesús, hijo de David, ten compasión de mí!”. Los que iban delante lo regañaban para que se callara [todo conspira para hacer callar ese grito], pero él gritaba más fuerte: “¡Hijo de David, ten compasión de mí!” [Esta es la lucha que se desencadena en cada uno de nosotros, entre los que nos dicen: “¡Calla, no molestes más!” y nuestro grito; el ciego gritaba más fuerte. Esta lucha no la puede mantener nadie en nuestro lugar. ¿Qué corresponde más, callar o gritar? Sólo al que tiene el valor de gritar le puede suceder lo mismo que le sucedió al ciego]. Jesús se paró y mandó que se lo trajeran [con este gesto Jesús expresa toda la pasión por el hombre concreto; todos se burlan, quieren hacerle callar – a menudo son los amigos los que dicen: “¡No molestes!” –, pero hay Alguien que se toma en serio todo su deseo; se para y ordena que lo lleven hasta Él]. Cuando estuvo cerca, le preguntó: “¿Qué quieres que haga por ti?”. Él dijo: “Señor, que vea otra vez”. Jesús le dijo: “Recobra la vista, tu fe te ha salvado”»³⁸. Han pasado dos mil años desde que sucedió esto, pero no lo podemos borrar de la faz de la tierra. Es cierto, podemos pasar de ello, ignorarlo, o bien podemos abrirnos a la posibilidad de que suceda. Se necesita una pasión por uno mismo para percibir en el gesto de Jesús toda la promesa que Él representa para la vida de un hombre que desea todo, como aquel ciego. De hecho, «el mayor milagro, el que sorprendía cada día a los discípulos, no era el de las piernas enderezadas, la piel restaurada o la vista recuperada. El mayor milagro era el ya mencionado: una mirada reveladora de lo humano a la que nadie podía sustraerse. No hay nada que convenza tanto al hombre como una mirada que aferre y reconozca lo que él es, que haga que el hombre se descubra a sí mismo»³⁹.

Es lo que le sucedió a aquella mujer de Samaría, y produce escalofríos leerlo de nuevo: «Llegó Jesús a una ciudad de Samaría llamada Sicar,

33 Benedicto XVI, *Mensaje al XXXIII Meeting por la Amistad entre los Pueblos*, 10 agosto 2012.

34 *Ibidem*.

35 Ch. Péguy, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, Encuentro, Madrid 1991, p. 20.

36 Benedicto XVI, *Mensaje al XXXIII Meeting por la Amistad entre los Pueblos*, 10 agosto 2012.

37 L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2001, pp. 103-104.

38 *Lc* 18, 35-42.

39 L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 65.

cerca del campo que dio Jacob a su hijo José; allí estaba el pozo de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al pozo. Era hacia la hora sexta. Llega una mujer de Samaría a sacar agua, y Jesús le dice: “Dame de beber”. Sus discípulos se habían ido al pueblo a comprar comida. La samaritana le dice: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?” (porque los judíos no se tratan con los samaritanos). Jesús le contestó: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice ‘dame de beber’, le pedirías tú, y él te daría agua viva”. [Jesús habría podido continuar con estos juegos: judío, no judío, samaritano; pero corta por lo sano: “Si conocieras al que te dice: dame de beber...”; se puede comenzar desde cualquier punto, y ahí se aprecia la diferencia; hablando de lo mismo que hablan todos, Jesús llega enseguida al corazón del asunto; y esa mujer, como si no hubiese oído nada, le dice:] “Señor, si no tienes cubo, y el pozo es hondo, ¿de dónde sacas el agua viva?; ¿eres tú más que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, y de él bebieron él y sus hijos y sus ganados?”. Jesús le contestó: [no se retira, la desafía nuevamente] “El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré nunca más tendrá sed: el agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna”. [Entonces la mujer deja de jugar, se siente tan tocada en lo más hondo de su ser, ese hecho es tan correspondiente a lo que desea, que cambia su arrogancia en petición:] “Señor, dame de esa agua: así no tendré más sed, ni tendré que venir hasta aquí a sacarla”. Él le dice [dándole un signo]: “Anda, llama a tu marido y vuelve”. La mujer le contesta: “No tengo marido”. Jesús le dice: “Tienes razón” [...]. Has tenido ya cinco, y el de ahora no es tu marido” [ni siquiera cinco maridos habían colmado la sed de aquella mujer; podéis añadir lo que queráis, pero esa mujer tenía más sed que antes]. La mujer le dice: “Señor, veo que eres un profeta [...]. Sé que va a venir el Mesías, el Cristo; cuando venga, él nos lo dirá todo”. Jesús le dice: “Soy yo, el que habla contigo”. En eso llegaron sus discípulos y se extrañaban de que estuviera hablando con una mujer. [...] La mujer entonces dejó su cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente: “Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho, ¿será este el Mesías?”. Salieron del pueblo y se pusieron en camino adonde estaba él. [...] En aquel pueblo, muchos samaritanos creyeron en él por el testimonio que

había dado la mujer: “Me ha dicho todo lo que he hecho”. Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer: “Ya no creemos por lo que tú dices; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo”⁴⁰.

Comentando este texto, el Papa observa: «No hay hombre o mujer que en su vida, como la mujer de Samaría, no se encuentre junto a un pozo con un cántaro vacío, con la esperanza de saciar el deseo más profundo del corazón, aquel que sólo puede dar significado pleno a la existencia. Hoy son muchos los pozos que se ofrecen a la sed del hombre, pero conviene discernir para evitar aguas contaminadas. Es urgente orientar bien la búsqueda, para no caer en desilusiones que pueden ser ruinosas. Como Jesús en el pozo de Sicar, también la Iglesia siente el deber de sentarse junto a los hombres y mujeres de nuestro tiempo, para hacer presente al Señor en sus vidas, de modo que puedan encontrarlo, porque sólo su Espíritu es el agua que da la vida verdadera y eterna. Sólo Jesús es capaz de leer hasta lo más profundo del corazón y desvelarnos nuestra verdad: “Me ha dicho todo lo que he hecho” [...]. Esta palabra de anuncio – a la que se une la pregunta que abre a la fe: “¿Será Él el Cristo?” – muestra que quien ha recibido la vida nueva del encuentro con Jesús, a su vez no puede hacer menos que convertirse en anunciador».⁴¹

Se trata de algo bonito pero, ¿sucede hoy? Era la pregunta que me hacían mis alumnos: «Es precioso, nos conmovemos sólo con leer las páginas del Evangelio. ¡Cuánto más si estuviéramos allí! Es muy bonito pero, ¿sucede hoy?».

Escuchemos lo que cuenta uno de vosotros: «Hace alrededor de un mes mi vida cambió radicalmente. Finalmente, después de días y meses de apatía total encontré algo tan grande y hermoso que ya no podía permanecer en el punto en el que estaba antes. Y antes, ¿dónde estaba? Vivía todos los días esperando que pasaran rápidamente, sin tener la mínima noción de lo que sucedía a mi alrededor y, sobre todo, dentro de mí. He vivido el mes de septiembre con ansiedad y angustia, aterrorizada

⁴⁰ Jn 4, 5-42.

⁴¹ Benedicto XVI, *Mensaje al Pueblo de Dios al concluir la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos*, 26 octubre 2012.

por la entrada en la universidad, sin saber que allí me esperaba el descubrimiento más grande, el redescubrimiento de mi persona, de mi verdadero “yo”, que estaba dormido y del que me había olvidado. Gracias a una compañera del colegio llegué en septiembre a la universidad y Alguien, estoy segura de ello, quiso hacerme un regalo, un regalo inesperado que me ha cambiado la vida y del que estoy agradecida. Asistí el 20 de septiembre a la presentación de mi carrera, realizada por algunos universitarios, recuerdo el día con certeza, y conocí a la salida a estas personas, un hecho que todavía me conmueve. Me habían conmovido antes de saber nada de ellas, del movimiento, de don Giussani, de Carrón. Se veía que había algo distinto, que esa familiaridad entre ellos no era algo obvio. Volví a casa contenta por la experiencia que había tenido y algo más convencida de la carrera que quería hacer. Durante la primera semana de curso mis compañeras me dijeron: “Vamos a la Escuela de comunidad. ¿Quieres venir con nosotras?”. Instintivamente me fui detrás de ellas, empujada por la curiosidad. Por primera vez vi qué quiere decir vivir juntos algo profundo y verdadero. Tengo vivos recuerdos de la Escuela de comunidad, pero sobre todo de cómo me sentí cuando terminó: las únicas palabras que podía pronunciar eran: “Pero, ¡qué bonito! Nunca había visto ni vivido algo así”. Por la noche me preguntaba: ¿por qué, entre todas las personas que hay en la universidad, me he encontrado justamente con las del movimiento? ¿Es sólo una casualidad o Alguien quiere algo de mí? Me he dedicado a acribillar a todos a preguntas, algunas de ellas banales, elementales. He leído los apuntes de la Jornada de apertura de curso, he empezado el recorrido desde cero, como una principiante. Mis padres están contentos de verme tan feliz, aunque no son del movimiento. Me han mirado a los ojos y sencillamente me han preguntado qué me había pasado. A todos los que critican, a los amigos con los que he tenido que discutir y que al principio no comprendían (muchos son todavía escépticos), sólo les puedo decir: gracias, gracias, porque si ellos no me hubiesen planteado objeciones yo no habría encontrado mis razones, no habría ido hasta el fondo. El enfrentamiento dialéctico me ha obligado a razonar, a confrontarme, explicándoles a ellos y a mí misma lo que he encontrado. Al final, lo único de lo que no puedo prescindir es de las personas que he conocido,

de las miradas que todos los días me dirigen, de las infinitas atenciones que cotidianamente tienen conmigo y que no consigo explicar. ¿Por qué, con toda la gente que hay, con todos los problemas que tiene cada uno, dedican tiempo para mí? ¿Cómo es posible? En mi opinión, este es el signo más tangible de la presencia de Cristo. No son tanto las discusiones que se pueden hacer al respecto, sino la belleza que transparentan todas las personas que he conocido en estos meses.

«El sentido de nuestra vida – dice don Giussani – se nos ha manifestado y se nos revela, toca nuestra existencia, nos invita, acompaña y ayuda, mediante una realidad de tiempo y espacio, es decir, mediante una realidad humana físicamente perceptible», como la que ha encontrado nuestra amiga, «y esta realidad humana se percibe físicamente como compañía hacia la madurez en nuestra búsqueda del destino, en la espera de que se revele totalmente el significado de nuestra vida, en la adhesión a esta forma, hecha de tiempo y espacio, que no elegimos nosotros, sino que se nos da, la encontramos, la reconocemos (no la elegimos, la reconocemos): esa realidad de tiempo y espacio que sale a nuestro encuentro. El encuentro supone un impacto sin igual para nuestra conciencia [como escribe nuestra amiga: “nunca había visto ni vivido algo así”]. Y aunque sea confuso, como un destello, algo casi imperceptible, encierra una promesa inconfundible, una esperanza y una perspectiva»⁴².

«La fe – afirma don Giussani – es reconocer lo divino que está presente. Al igual que sucedió hace dos mil años con Simón Pedro, la Magdalena, la Samaritana y Zaqueo, quizá según una forma aparentemente más frágil y tangencial, también tú te has visto tocado por el presentimiento de esta Presencia, o por esta Presencia como presentimiento de una vida distinta, como el presentimiento de una promesa de vida. ¡En caso contrario no estarías aquí! Tomar conciencia de esto, mirar esto a la cara, decir “Tú” a esto, ¡te hace abrazar todo de forma distinta y con verdad, te hace mirar con verdad, te hace llevar todo con verdad!»⁴³. El presentimiento de una promesa de vida. Porque Jesús no sólo promete, sino que cumple.

«Querido Julián, la semana pasada una amiga muy querida me dijo que había empezado hace un año el noviciado de lo *Memores Domini* y que

42 L. Giussani, *Dall'utopia alla presenza (1975-1978)*, Bur, Milano 2006, pp. 381-382.

43 L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, Bur, Milano 2009, pp. 434-435.

dentro de poco se irá a vivir a una casa del Grupo adulto. Tenías que haber visto su cara de enamorada. Contaba cómo había nacido y se había hecho más profunda en ella esta decisión, con los ojos llenos de amor, de afecto a Cristo, como si hubiese sido un compañero de carne y hueso en su vida en estos últimos años. Durante toda la noche la miraba y me llenaba de asombro cómo había cambiado y lo feliz que estaba. En aquel momento pensé: o está loca, o, ¿quién puede corresponder al deseo del corazón de una persona que decide dar toda su vida si no es Cristo presente ahora? En la cena nos habíamos juntado unos quince amigos. Mientras ella nos contaba, hubo en varias ocasiones momentos de silencio, pero no un silencio embarazoso, en el que no se sabe qué decir porque todo parece inadecuado, sino un silencio lleno de conmoción, lleno de una Presencia imponente, una Presencia tan imponente y real que ha cambiado y conquistado la vida de mi amiga y que, en ese momento, a través de su cambio, estaba reconquistándome a mí de nuevo. Nada hace vibrar tanto mi corazón, a veces hasta conmoverme, como el reconocimiento de Cristo presente ahora a través de una humanidad cambiada. Para mí esto ha sido cada vez más evidente porque me ha sucedido la misma experiencia escuchándote hablar en la última Escuela de comunidad, leyendo la carta de los padres de Bizzo⁴⁴ un año después de su muerte, o la carta de Francesca⁴⁵. Cuando esto sucede me descubro ante todo libre para poder mirarme sin escandalizarme por mi límite, y libre para proponer a los demás lo que yo he encontrado. Ante todo esto, sin embargo, no consigo estar tranquilo, y en estos días estoy más inquieto que antes. Empiezo el día y no deseo otra cosa más que poder volver a encontrar los rasgos de Su rostro en la realidad de las cosas que tengo ante mí, en las personas con las que me encuentro, porque si esto no sucede llevo al final del día habiendo hecho muchísimas cosas (departamento, clases, estudio, encuentros, actos del movimiento), pero con una nostalgia infinita en el corazón que hace que me pregunte: ¿para qué ha servido todo lo que he hecho hoy si no he podido encontrarte? Por eso me encuentro en estos Ejercicios,

44 Cf. «Preferidos, también dentro del dolor», Carta de Flavio y Ester Bizzozero, 2 noviembre 2012, www.revistahuellas.org

45 Cf. D. Perillo, «Con su misma vida», *Huellas-Litterae communionis*, n. 9, octubre 2012, «Mirad, me voy al Paraíso», *ibidem*.

agradecido de haber sido preferido y deseoso de continuar caminando para ser educado en la sencillez de reconocer cada día que “prosigo mi carrera para alcanzarlo, yo que ya he sido alcanzado por Cristo”».

Por eso, ¡cuánta razón tiene Péguy cuando dice que «para esperar hace falta haber recibido una gran gracia»! Y, ¿qué es la gracia? La gracia es Él, Su presencia, no Sus dones ante todo, sino Él, porque sin Él no puedo quererme ahora, no puedo tener este afecto por mí ahora. «No se puede permanecer en el amor a uno mismo – nos recuerda don Giussani – si Cristo no es una presencia como lo es la madre para el niño que no sabe qué hacer, que llora porque se ha hecho caca. Si Cristo no está presente ahora – ¡ahora! –, yo no puedo amarme ahora ni puedo amarte ahora. Si Cristo no ha resucitado, yo estoy acabado, aunque tenga Sus palabras, aunque tenga todos Sus Evangelios. Con los textos de los evangelios, en caso extremo, podría incluso suicidarme, pero con la presencia de Cristo, ¡con la presencia de Cristo reconocida no!»⁴⁶.

Cristo ha resucitado, es decir, es contemporáneo en el tiempo y en la historia a través de esos rostros en los que ahora se me propone de nuevo Su promesa. Como decís muchos de vosotros, cuando contáis de los momentos en que os veis: «Cuando voy por los pasillos y me cruzo con la mirada de alguno de ellos me siento feliz, me siento en casa; cuando no les veo quiero buscarles, porque deseo estar con ellos. Pero ellos, ¿me han prometido algo? Me he dado cuenta de que ninguno de ellos me ha prometido nunca nada, pero en verdad me han prometido todo. Ellos son la promesa, con su forma de vivir, de estar juntos, de mirar a las personas de modo que se sientan amadas, que no les falte nada. Ellos son la promesa». «¿Alguien te ha prometido algo hoy? – dice otro –. Debo reconocer que existe una promesa: vuestros rostros».

«La comunidad – escribe don Giussani – es el lugar de la continuidad del acontecimiento, literalmente de la continuidad del acontecimiento de Cristo de hace dos mil años, del encuentro con la Samaritana [...]. La comunidad es el lugar de la continuidad del contacto, de ese contacto, de ese acento que ha suscitado en ti un presentimiento de vida nueva, una promesa esbozada, el indicio de una promesa de vida más verdadera,

46 L. Giussani, *Qui e ora...*, op. cit., p. 77.

de vida, que te ha traído junto a nosotros. La comunidad es el lugar de la continuidad de Cristo, la continuidad del acontecimiento de Cristo y del acontecimiento de Cristo que te ha tocado. Porque a través de algo contingente, a través de circunstancias casuales, de la casualidad de relaciones circunstanciales, Cristo, el acontecimiento que fue Cristo para Simón Pedro o para la Samaritana, se ha convertido en acontecimiento para ti. Cristo se ha convertido en el acontecimiento de la vida para ti a través de unas relaciones casuales. Si te separas de esta aparente casualidad de las relaciones, de las circunstancias, de las relaciones circunstanciales, pierdes, no ya esas relaciones, sino lo que te ha impactado en esas relaciones»⁴⁷.

¿Y qué te ha impactado en esas relaciones? Él, el Misterio hecho carne, Cristo. Lo decía san Juan Crisóstomo, dando voz a Cristo: «No sólo te he testimoniado mi amor con todo esto. [...] He dejado a mi Padre y he venido a ti, tú que me odiabas, que huías de mí y no querías ni siquiera oír mi nombre; te he seguido, he corrido tras tus huellas para tomar posesión de ti; te he unido y ligado a mí, te he estrechado, te he abrazado. “Cómeme”, he dicho, “bébeme”. Te tengo junto a mí en el cielo y me ligo a ti en esta tierra. No me basta poseer en el cielo tus primicias, esto no sacia mi amor. He descendido nuevamente a la tierra no sólo para mezclarme entre tu gente, sino para abrazarte justamente a ti»⁴⁸, para que pudieses tener afecto por ti mismo.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 438.

⁴⁸ Cf. Juan Crisóstomo, *Comentario a la primera Carta a Timoteo, Homilía XV*.

8 de diciembre, por la tarde

Julián Carrón: Han llegado muchísimas preguntas y, como siempre, para no repetir, hemos elegido entre las más frecuentes la formulación que nos ha parecido más fácil de comprender. Entonces, empecemos.

Intervención: Me doy cuenta de que decir que las cosas no me bastan conlleva el riesgo de desinteresarme y de dejar de comprometerme con la realidad. Por ejemplo: es verdad que hacer bien un canto (yo canto en el coro) no llena el deseo de infinito de mi corazón pero, al mismo tiempo, necesito hacerlo bien para reconocer los rasgos inconfundibles de Aquel que, en cambio, sí llena el corazón. Por eso quería preguntarte: ante la realidad nada nos basta hasta el fondo, pero, ¿cómo se aúna esta constatación del corazón con el hecho de que la realidad es un camino? ¿Por qué tengo que necesitar una cosa que en última instancia no me basta?

Carrón: Te agradezco mucho esta pregunta porque, como siempre, yo soy el primero que aprende. De hecho, reflexionando sobre ella me he dado cuenta de cuál ha sido la genialidad del Misterio, porque verdaderamente este método es genial. Imaginaos al Misterio: está tan contento, tan feliz que, como sucede cuando dos personas están felices (imaginad dos personas casadas que quieren difundir su plenitud, y de esa alegría surge el deseo de comunicársela a un hijo), quiere comunicarlo. Así surgió la creación, de esta explosión de felicidad que Dios vivía en esa relación única, misteriosa, entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; por eso quiso crear a los hombres, para poder compartir con ellos Su felicidad. ¿Y qué método utilizó para llevarles hasta esa felicidad? Nosotros pensamos enseguida: si ha querido compartir con nosotros esta felicidad, ¿por qué no nos ha creado directamente en el Cielo? ¿Por qué no nos ha dado todo de golpe? ¿Por qué no nos ha ahorrado el camino? Pero si uno empieza a mirar las cosas con un poco de calma, se pregunta: si el Misterio hubiese actuado así, ¿qué habría eliminado? La libertad. Nos habríamos visto obligados a vivir así desde el principio, sin la

posibilidad de adherirnos libremente. Pero, ¿sería humana una salvación que no fuese libre? He contado otras veces la conversación que tuve con un taxista “teólogo” en Milán: estaba asombrado, más aún, casi escandalizado porque Dios permitiese que sucedieran ciertas cosas en la historia sin intervenir. En el fondo, estaba escandalizado de la libertad (porque, al final, esta es la cuestión: el escándalo de la libertad). Para que pudiese entenderme le pregunté: «¿Le gustaría a usted que su mujer le quisiese por un mecanismo que no le permitiese equivocarse, o preferiría que su mujer le quisiese libremente?». Y el taxista, enseguida: «Preferiría que me quisiese libremente». «¿Lo ve? El Misterio, que no tiene un gusto distinto del suyo – en lugar de crear otras estrellas que brillasen mecánicamente, otros seres que rotasen puntualmente según una ley fija – ha preferido, ha querido correr el riesgo de la libertad».

Cuando empezamos a mirar las cosas con más atención, vemos que la única posibilidad de que el designio de Dios se cumpla es distinta de como habíamos imaginado, y entonces empezamos a entender por qué el Misterio nos ha hecho con un deseo ilimitado, infinito: para compartir Su plenitud con nosotros. Pero este deseo tiene que ser constantemente despertado, constantemente educado. Y, ¿cómo puede el Misterio abrir una y otra vez nuestro deseo, educarnos para que brote la urgencia que tenemos de plenitud? La única forma posible es servirse de realidades concretas; no basta con un discurso, porque un discurso no nos cautiva lo suficiente, no dilata, no abre nuestro deseo. Nos ha puesto delante cosas concretas que nos atraen, que nos abren, que abren toda la capacidad de nuestra razón, de nuestro afecto, todo el deseo ilimitado que tenemos y que es necesario despertar continuamente. Y esto sólo puede suceder a través de algo concreto que, al mismo tiempo, no puede satisfacernos plenamente. Sólo este método tan real, tan concreto, tan preciso, que nos cautiva y ensancha nuestra razón, puede al mismo tiempo respetar nuestra libertad. Porque nosotros, delante de lo concreto que sucede, podemos abrirnos a algo que va más allá o podemos negarnos, como cuando uno recibe unas flores (es el ejemplo que ponemos a menudo): las flores son algo concreto – pueden marchitarse –, pero son algo concreto que remite más allá, son un signo, como decimos. Podemos decidir: gozamos de ellas hasta que se marchitan, como hacemos muchas veces con las cosas y las personas (las poseemos hasta

que se agotan, y entonces nos quedamos solos como perros), o seguimos aquello a lo que remiten, como signo, y entonces esto nos abre. Este método está en consonancia con la naturaleza de nuestra razón, que se abre ante la realidad, y es un método respetuoso con la libertad. Hasta tal punto (¡hasta tal punto!) que el método sacramental, este método del signo por el que algo nos provoca, nos abre, amplía nuestra razón, es el que ha utilizado también Jesús. De hecho, Jesús, al ligar a Sí a las personas, las abría a un diálogo todavía más misterioso con el Padre, las introducía constantemente en el Misterio. Don Giussani dice que lo fundamental que hace Cristo, desde el punto de vista educativo, es educar nuestro sentido religioso; la lucha encarnizada que Jesús emprende con sus discípulos cuando quieren reducirle a su medida tiene como objeto abrirles al Misterio. Los discípulos, como el resto de la gente, quieren apegarse a Él y nada más, quieren hacerle rey: «¿Qué más quieres? Te reconocemos, has multiplicado los panes; te reconocemos. Y, ¿en qué se ve que te reconocemos? En que queremos hacerte rey; reconocemos tu grandeza». Pero Jesús no cede nunca, es tan consciente de cómo estamos hechos, de cuál es nuestra hechura, de cuál es la pasta de la que estamos hechos, y por otra parte de cuál es su naturaleza, su misión, que dice: «No, no, no, esto – ser proclamado rey – reduce lo que yo soy y no os bastaría», y ensancha la medida casi hasta escandalizarnos: «Si no bebéis mi sangre y no coméis mi carne no podréis estar contentos». Jesús actúa agrandando cada vez más el deseo. ¿Por qué? ¿Porque no nos quiere? Sólo uno que tiene una mirada superficial puede decir que no nos quiere. En realidad nos quiere tanto que desea llenarnos cada vez más. Esta insatisfacción, que permanece en cada cosa o relación, es la modalidad con la que Él dice: «Pero, ¿no te faltó Yo?». Por eso me ha impresionado siempre una frase de don Giussani que, desde que la leí, no he dejado de repetir: en cada insatisfacción que nos deja cualquier experiencia de la realidad, es como si el Misterio nos dijese: «Soy Yo lo que te falta en cada cosa que tú gustas, ¡soy Yo!». Y aquí, de nuevo, está de por medio la libertad. Puedo decir: «¡Bah!», o puedo ceder al atractivo por el que me siento invadido. Es una alternativa dramática porque es siempre libre: este drama nunca está decidido de antemano, se vuelve a proponer una y otra vez. Es necesario quererse de verdad, es necesario tener un afecto verdadero por uno mismo, que no se conforme con menos que lo que desea el corazón, para estar

disponibles, para no escandalizarnos por este método que usa Dios para educarnos, para atraernos cada vez más, para llenarnos cada vez más, para ensanchar constantemente nuestro corazón y poderlo llenar más y más. ¡Es completamente distinto de la imagen que tenemos de una «felicidad burguesa»! Pero sobre esto volveremos más tarde.

Intervención: ¿Cómo es posible que el mero hecho de reconocer mi corazón inquieto sea un signo evidente de la presencia de la respuesta? Entiendo que mi corazón inquieto es como una puerta abierta, pero no veo que el mero reconocimiento de este corazón pueda ser un signo evidente de la presencia de la respuesta.

Carrón: ¿Puedo hacerte una pregunta? Si intervienes, debes estar abierto al imprevisto. ¿Te has enamorado alguna vez?

Intervención: Sí.

Carrón: ¿Y has vivido alguna vez la experiencia de la nostalgia de la persona amada?

Intervención: Sí.

Carrón: Y esta nostalgia que tú sentías por ella, ¿por qué la sentías? ¿Por qué la echabas de menos?

Intervención: Porque la había visto antes y, por tanto, luego la echaba de menos.

Carrón: La echabas de menos; si hubiese estado presente, no la echarías de menos. Y este echar de menos es signo de que te habías encontrado con ella, ¿no?

Intervención: Sí.

Carrón: ¿Está claro?

Intervención: Sí, bastante.

Carrón: Esto es lo que muchas veces no entendemos: uno tiene nostalgia porque echa de menos a alguien. Vosotros preguntáis: ¿por qué el deseo y la nostalgia son signos inequívocos de que existe otro del que tengo nostalgia? Justamente porque en caso contrario no tendrías nostalgia. Pero este razonamiento, que aplicamos con tanta claridad con respecto a la nostalgia de la persona amada, porque si no te hubieses encontrado con ella no tendrías nostalgia, no lo hacemos con respecto al deseo que tenemos. Sin embargo, el razonamiento es igualmente válido, porque yo encuentro en mí este deseo, esta espera – como dice Pavese – justamente por la promesa que contiene. Por eso ayer por la noche, retomando la frase de Pavese, insistí en la pregunta: ¿por qué espero? Si nadie nos ha prometido nada, ¿por qué esperamos? Nos cuesta comprender esto: parece que esperar es algo obvio. Pero todos los genios, al igual que Pavese, reconocen que en esta espera hay algo misterioso, que incluye ya el signo de la respuesta, y comprenden que se necesita alguien que despierte constantemente este deseo en nosotros. No nos damos cuenta de que tener el deseo no es algo obvio. Por eso Ungaretti – lo citábamos ayer – decía: ¿por qué yo, que estoy siempre entre los mortales y entre cosas mortales, que decaen, por qué yo, que me encuentro solo entre cosas finitas, tengo este deseo de infinito? «¿Por qué ansío a Dios?». Pero estas frases, que dicen como ninguna otra quiénes somos, con toda su carga poética, nos parecen preguntas vacías, porque para comprender el alcance de la pregunta se necesita la experiencia de la vida, se necesita haber comprendido lo que se ha vivido. ¿Por qué empiezo hablando de la nostalgia? Porque es la experiencia que tenéis al alcance de vuestra mano para comprender lo que dicen los poetas, lo que hemos dicho esta mañana de otra forma. La experiencia de la nostalgia os permite comprender: si echáis de menos a alguien, esto ya es signo de que existe; no de que no existe, ¡sino de que existe! Si no existiese, no habría nostalgia. Imaginad qué cambio de la mirada si uno, cada vez que está triste, cada vez que está solo, cada vez que está insatisfecho, se comportase como cuando siente nostalgia: no la toma como pretexto para introducir una duda sobre la existencia de la novia, sino que la reconoce como el reclamo más potente

a la memoria de esa chica, al reconocimiento de que existe. Si sucede en nosotros lo contrario, es porque nos falta una familiaridad con lo humano, con el tejido de lo humano, y entonces interpretamos todo al revés. Esto hace de la vida algo realmente pesado: uno te hace un regalo y piensas que se está burlando de ti; está haciendo un gesto positivo hacia ti y tú lo percibes como una negación. Es como si no lográsemos encontrar la clave para comprender la realidad, para comprender lo que sucede en la vida, y esto nos confunde. El hecho de que exista la pregunta es ya el signo más evidente de que existe la respuesta, porque en caso contrario ni siquiera existiría la pregunta (la pregunta verdadera, la que nos constituye): ¿por qué, estando siempre entre cosas finitas, tengo deseo del infinito? ¿Por qué? Si nadie nos ha prometido nada, ¿por qué esperamos? ¿Por qué, viviendo entre las cosas mortales, yo ansío a Dios? Sólo si empezamos a mirar estas frases sin darlas por descontado, poco a poco, en la convivencia con ellas, se abre el paso, empezamos a comprender y nos interesa comprender. Imaginad si cada uno de nosotros leyese cada momento de la realidad, cada experiencia humana según lo que dice don Giussani: «Yo soy lo que falta en cada cosa que gustas». La falta que sientes es el signo más evidente de que te falta Yo, de que te falta la presencia para la que estás hecho. Es como si tu novia te dijese: «Pero, ¿no te das cuenta de que soy yo lo que te falta?». Y esto lo entendemos perfectamente. En cambio, cuando se trata de las experiencias fundamentales de la vida, nos confundimos.

Intervención: ¿Por qué para ti la espera se vuelve alegría? Para mí, en cambio, equivale siempre a inquietud. Luego quería hacerte otra pregunta...

Carrón: ¿Has entendido algo de lo que he dicho hasta ahora?

Intervención: Sí.

Carrón: ¿Por qué lo que para vosotros es sólo inquietud para mí puede ser alegría? Porque si uno empieza a mirar la nostalgia... ¿Te gustaría, a ti que quieres a tu novio, no sentir nostalgia de él, te gustaría superar esta fase?

Intervención: No.

Carrón: No. ¿Entiendes por qué es una alegría tener nostalgia?

Intervención: Pero justamente en la relación con él es donde vivo esto más dramáticamente, porque con él siempre surge la percepción de que yo soy necesidad de Otro, y es dramático. Esto es lo que me inquieta.

Carrón: Es esto, precisamente, lo que hace dramática la vida: que los dos sois empujados, en vuestra relación mutua, al Único que os puede cumplir. ¿Por qué? Por lo que decíamos antes, por la genialidad del Misterio de abrir y ensanchar nuestro corazón, de abrir nuestro corazón a través de algo real, presente, concreto. Y, ¿qué cautiva nuestro corazón, por encima de lo demás, abriéndolo al máximo? La relación afectiva, porque las demás cosas te pueden atraer, pero no te aferran en cada fibra de tu ser. Y cuanto más te aferra, más te abre. Esto es muy dramático, porque uno piensa que el otro debería cumplirle. Pero si el otro bastase, entonces la vida estaría acabada. De hecho, ¿qué sería la vida? Aquí está en juego una imagen que nos hacemos de nuestro cumplimiento. Pero, precisamente a partir del ejemplo de la nostalgia, nosotros estamos llamados a darnos cuenta de que cuanto más te aferra una persona, cuanto más te cautiva, tanto más te remite más allá, justamente porque estás hecha para algo distinto, porque ambos estáis hechos para una grandeza que es infinitamente más grande. Cuando un chico le dice a su novia, como hemos escuchado esta mañana, que ella no es capaz de cumplir su vida, es como si, ante esto, nos desanimáramos: «Entonces, si no soy yo la que puede cumplir tu vida...». En cambio, ese es el momento más crucial, porque te puedes dar cuenta verdaderamente de quién es la persona a la que quieres y de quién eres tú; ninguna otra experiencia humana te hace percibir como esta quién es el otro y quién eres tú. Es dramático, porque soñamos que la relación afectiva sea el culmen de nuestro cumplimiento, mientras que dicha relación es grande porque nos abre. Más aún, el Papa dice en la encíclica *Deus caritas est* que es lo más cercano a lo divino. Pero si no se comprende que la relación es tal porque abre a algo distinto, entonces el hecho de que tú despiertes todo el deseo en el otro te parece una injusticia, porque se lo despiertas y luego no lo puedes cumplir. Te entran ganas de decir: si yo le despierto el deseo y luego no se lo puedo cumplir, mejor

no despertárselo, porque sólo le hago más infeliz. En cambio, que tú se lo despiertes y que tú estés segura de que hay Otro que lo cumple, esto es la felicidad. Tú eres decisiva para la persona a la que quieres, porque el otro, sólo por el hecho de que tú existes, puede descubrir para qué está hecho él. Del mismo modo, sólo porque el otro existe tú puedes descubrir para qué estás hecha, es decir, que ambos camináis juntos hacia el Único que cumple la vida. Esto es lo que hace de la vocación al matrimonio camino hacia el Misterio. ¿Por qué vale la pena casarse si no es por esto? En caso contrario sería un engaño, sería algo que distrae; en vez de ser parte del camino al destino se convertiría en un obstáculo. Si es vivida por lo que es, una relación es lo que más nos empuja al destino, porque nada como la presencia de la persona amada nos empuja a aquello para lo que hemos sido hechos. Si no lo entendemos, la relación se convierte en una tumba, como por desgracia sucede muchas veces en nuestra cultura: al haber reducido al otro a aquel que puede cumplir mi vida, cuando no lo hace, y puesto que me doy cuenta de ello enseguida, es la tumba para mí. En la actualidad se llega con frecuencia a la tumba muy pronto, porque nuestra cultura ha abierto la puerta a ella a través del divorcio. Pero, antes o después, llegamos todos a la tumba si no reconocemos que el otro es signo del Único que puede cumplirnos, y no el cumplimiento de nuestra vida. Cuando se buscan otros caminos para salir de la asfixia no se hace sino reproducir el mismo mecanismo de forma indefinida, hasta que, en lugar de casarse, uno se acaba comprando un perro, que no protesta, y se cierra de esta forma el círculo.

Intervención: Esta mañana has definido la fe como el reconocimiento de lo divino presente. En el tercer punto has identificado en la comunidad cristiana el espacio, pero también el instrumento, para la verificación de la pretensión cristiana. Mi pregunta es la siguiente: ¿cuáles son los signos inconfundibles de la contemporaneidad de Cristo hoy?

Carrón: El signo más evidente de la contemporaneidad de Cristo hoy es la experiencia de una correspondencia imposible. Cuando esta mañana hemos leído la carta de nuestra amiga que decía: «Nunca he visto nada igual», lo que parecía imposible ha sucedido ante sus ojos. Vale para ella

igual que para nosotros. Este ha sido el signo más evidente de Su presencia. Como lo fue para la Samaritana, para Zaqueo, cuando se toparon con Jesús: en el encuentro con aquel hombre se hacía real una inimaginable y nunca experimentada correspondencia con el corazón. Toparse con la respuesta a las exigencias del corazón debería ser lo más normal y, en cambio, como nada corresponde verdaderamente, es algo absolutamente excepcional. De este modo, cuando se encontraron delante de aquel hombre, experimentaron una correspondencia tan imposible de generar por ellos mismos, que dijeron: «Es Él, es realmente Él». Y de nuevo el Misterio se pliega aquí (¡se pliega!) a nuestra experiencia humana. ¿Cómo reconoces que es él o ella la persona amada? Por esa experiencia única de correspondencia, de una cierta correspondencia que encuentras al toparte con él o con ella. Don Giussani nos dice que esta es la experiencia del evangelio: ellos Le reconocieron porque era el único que salvaba todas las dimensiones de lo humano. Entonces, el signo más evidente, el rasgo más inconfundible de la contemporaneidad de Cristo es que yo experimento una correspondencia: me topo con una realidad a través de la cual experimento una correspondencia a las exigencias del corazón que me parecía imposible, una realidad distinta – excepcional – justamente porque me corresponde. Este es el signo más irrefutable, más indiscutible de todos, porque es lo más imposible de crear por nosotros mismos; hasta tal punto que es lo que más deseábamos, pero es también lo más imprevisto, como decían los discípulos: «Nunca hemos visto nada igual, una experiencia así nunca la había percibido. Una mirada así – podría decir Mateo – no la había visto antes; una ternura así nunca la había visto hasta ahora». Haría falta leer el evangelio para ver esta experiencia, para sorprender esta experiencia en acto en cada pasaje, en cada relato. El ciego de nacimiento se levantó aquella mañana, como tantas otras mañanas, diciendo: «Nunca se ha visto que un ciego de nacimiento pueda ver», y entonces le sucede lo que parecía imposible. Esta correspondencia – primer rasgo, primer signo de la contemporaneidad de Cristo – no sucede en mis pensamientos, sino al toparme – segundo rasgo – con una realidad humana distinta, una realidad humana fuera de mí. Y esto responde a nuestras preocupaciones: «Pero, ¿me invento yo la fe?». ¡Trata de inventártela, trata de generarla con tu pensamiento! El ciego no se la podía inventar; se encontró, se topó con Uno que le donó la vista de la que carecía. Es toparse con algo

distinto, no un producto de mi pensamiento. Tratad de generar un instante de alegría con vuestro pensamiento y comprenderéis qué estupidez decimos cuando afirmamos que la fe la generamos nosotros. Pensad en el momento en que os enamoráis; pensad si sois capaces de daros un instante de esa alegría, si sois capaces de generarla con vuestro pensamiento, con vuestra imaginación o con vuestra creatividad, por muy genial que sea. ¡No podéis generar por vosotros mismos ni siquiera un instante de alegría! Por eso, ¡basta!: podemos seguir diciendo ciertas cosas sólo por una deslealtad con la experiencia, porque la fe sucede sólo cuando me topo con una humanidad distinta, fuera de mí, no generada por mí. El Papa dice: «La fe no es una creación, es un reconocimiento». Y esta realidad, una realidad humana, es inconfundible, es distinta; está hecha de personas como las demás, pero distintas de las demás. Nuestra amiga conoce a algunos compañeros de universidad y dice: «Me han impresionado, había en ellos algo distinto». No eran marcianos los que ella conoció en la universidad, no vestían de una forma especial; no, eran como los demás compañeros, eran hombres, pero a ella no se le escapó que eran distintos. Y como, para percibir la diferencia, tenemos un detector que es el corazón, enseguida percibió una diferencia en la forma que tenían de relacionarse con ella. Esta diferencia es una amistad, una alegría, una gratitud imposible para el hombre, hasta el punto de que surge la pregunta: ¿por qué son así? Te topas con una humanidad diferente que hace surgir ahora la misma pregunta que hace dos mil años, no como un recuerdo del pasado, no al leer el evangelio como algo pasado. No. Al toparte ahora con una humanidad distinta te haces la misma pregunta que le hacían a Jesús los discípulos: «¿Por qué eres así? ¿Cómo haces para ser así?». Cuántas veces hemos escuchado esta pregunta procedente de personas que veían cómo jugábamos, cómo íbamos de excursión, cómo hacíamos silencio o cómo cantábamos. Es decir, se topaban con nosotros mientras hacíamos cosas sencillas, humanas, porque no necesitamos nada más para mostrar esta diferencia. Como dice don Giussani, no necesitamos nada aparte del comer, el beber, el vivir y el morir, porque en la forma en que comemos se demuestra la diferencia, en el modo de cantar se muestra la diferencia, en nuestra forma de ser amigos se ve la diferencia, no necesitamos nada más. Cosas humanísimas, pero que llevan en sí los signos inconfundibles de Otro, que no pasan desapercibidos a los que tienen un corazón sencillo.

Intervención: Hoy nos has dicho: «El sentido de nuestra vida llega dentro de una compañía humana perceptible físicamente». ¿Cómo pasar del reconocimiento de una compañía excepcional a reconocer que en ella está Cristo? Y una carta decía: «La promesa existe, son vuestros rostros». Yo me pregunto: sin son personas como yo, tampoco ellas pueden responder a mi exigencia de cumplimiento.

Carrón: Escuchemos otra forma de plantear la misma pregunta.

Intervención: Muchas veces veo que, en la comunidad, el centro de la amistad es estar bien entre nosotros, en lugar de ser Cristo; pero lo primero cansa. ¿Cómo volver al punto central con mis amigos?

Carrón: Empecemos con la primera. ¿Cómo pasar de una compañía excepcional al reconocimiento de que en ella está Cristo? Me parece que lo que hemos dicho en la respuesta precedente nos ayuda a comprender por qué la comunidad cristiana es el signo de Su contemporaneidad. Porque esta diferencia, el reconocimiento de esta diferencia en una realidad humana como las demás, despierta la pregunta: «¿Por qué sois así? ¿De dónde nace esta diferencia?», que es la misma pregunta que se hacían delante de Jesús: «Pero, ¿no es este el hijo del carpintero? ¿Cómo es posible que haga estas cosas?». ¿Cómo es posible que, siendo como los demás, sucedan estas cosas? Entonces el punto de partida para responder a esta pregunta es mirar ahí, mirar, mirar, mirar. Don Giussani nos ayuda en esto: «Hay algo en nuestra experiencia que viene de fuera de ella: imprevisible, misterioso, pero que entra en nuestra experiencia»⁴⁹. Entonces, mirando esta experiencia, dentro de esta experiencia, advertimos algo real, misterioso, que despierta nuestra pregunta, que desafía nuestra razón: estamos llamados a dar razón de la diferencia que advertimos en nuestra experiencia, pues en caso contrario la censuramos. «La fe es una forma de conocimiento que está por encima del límite de la razón. ¿Por qué está por encima del límite de la razón? Porque capta una cosa que la razón no puede captar: “La Presencia de Jesús entre nosotros”, “Cristo está aquí ahora”. La razón no puede percibirlo

⁴⁹ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2007, p. 199.

como percibe que tú estás aquí [...] [que este vaso de agua está aquí]. Sin embargo, no puedo dejar de admitir que está. ¿Por qué? Porque hay un factor aquí dentro, un factor que determina esta compañía – que produce ciertos resultados en esta compañía, ciertas resonancias –, tan sorprendente que, si no afirmo que hay algo diferente [si no reconozco algo diferente], no estoy dando razón de la experiencia, porque la razón es afirmar la realidad experimentable según la totalidad de los factores que la componen, con todos sus factores. Puede haber un factor que la compone cuyo eco se siente, cuyo fruto se percibe, cuyas consecuencias se ven también, pero que no se logra ver directamente. Si digo: [como no lo veo] “entonces no está”, me equivoco, porque [para decir que no está] elimino algo de la experiencia, y dejo, por tanto, de ser razonable⁵⁰. Es un tipo de conocimiento que se pone en juego en muchos momentos de la vida. Tú ves ciertos resultados, ciertos signos de la relación que tu madre tiene contigo y que no tiene con otras personas: si tú no te das razones de ellos, si no te preguntas por qué se dan, qué significan esos gestos, esos signos, si delante de alguien que te dice: «Esos signos se deben a que tu madre te quiere», tú replicas: «Esto no lo percibo, sólo veo los signos», eres irracional. Los signos testimonian algo distinto, hasta tal punto que la persona que no te quiere no los realiza, no muestra una cierta actitud ante ti, no hace ciertas cosas por ti. Debes eliminar de tu experiencia ciertas cosas para no aceptar que ahí hay algo distinto, algo que tú debes reconocer: el amor de tu madre. Es necesario ser irracional para decir que no lo ves, que sólo ves signos. Así también vemos los signos de una cierta modalidad de nuestra compañía: una cierta amistad, una cierta diferencia. Pero justamente esta diferencia está gritando que hay Otro. Intentad dar otra razón adecuada que no sea Cristo. Jesús desafiaba a sus discípulos: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?», desafiaba su razón. Y, ¿qué tenían en su mano para responder a esa pregunta? La experiencia más parecida era la de los profetas, y sin embargo decían: «Este es más que un profeta». Y no conseguían dar una razón adecuada de esa diferencia. Y cuando Jesús les dijo (todos habéis leído en la Escuela de comunidad la historia del rey de Portugal⁵¹): «Soy yo, yo soy el Misterio que esperáis», «¡Ah!», esto explicaba todos los signos que habían visto mejor que cualquier

otra respuesta. Pero es, de nuevo, un ofrecimiento a nuestra razón y a nuestra libertad. Mirad a ver si encontráis una explicación más adecuada para dar razón de la diferencia que sorprendéis entre vosotros, una explicación que no sea decir que esta diferencia, que estos signos que hacen distinta vuestra compañía son la documentación más clara de la contemporaneidad de Cristo, pues para nosotros es imposible generarlos. Preguntaos si lo que la gente descubre en nosotros y que les lleva a preguntarse: «Pero, ¿quiénes sois?», depende solamente de que seamos más geniales, más coherentes o más capaces que los demás. Preguntáoslo. Es evidente que todos nuestros límites juntos no producen lo que asombra a los demás. La única razón adecuada para dar explicación de ello es Cristo, es Él el que hace posible todas estas cosas entre nosotros, el que nos hace capaces de una amistad distinta, capaces de cantar de forma distinta, capaces de vivir de forma distinta el estudio, según esa diferencia que Él ha introducido en la historia. Y cuando vemos esto y lo reconocemos, comprendemos que existe una modalidad de vivir entre nosotros que nos ayuda a reconocer a Cristo. Decía la segunda pregunta: «A veces reducimos esta amistad a estar bien entre nosotros, en lugar de reconocer a Cristo». Os pregunto: cuando nos conformamos con estar bien entre nosotros, ¿nos falta algo? ¿Cuál es el primer signo de que nos conformamos con estar bien juntos? Lo has dicho tú mismo: «Me cansa». Parece algo banal y, sin embargo, es la señal de que nos hemos olvidado de Él. Si no reconocemos a Cristo, nos cansamos, como en la relación con la novia o el novio, según lo que vosotros mismos habéis dicho: «Ni siquiera me bastas tú». ¿Por qué os cansáis, si es tan abstracto Cristo? El primer indicio que tenemos de que hemos reducido nuestro estar juntos es que nos hartamos. El primer indicio de que hemos eliminado a Cristo de nuestra relación con la novia o el novio es justamente que nos cansamos. Por eso, al igual que existen los rasgos inconfundibles de Su presencia, también están los rasgos inconfundibles de Su ausencia; hay que metérselo bien en la cabeza. Su presencia o Su ausencia no se pueden reducir a un nominalismo: ¡lo podemos reconocer en la experiencia! Cuando reconocemos Su presencia no nos la estamos inventando, es el reconocimiento de algo que está presente; y cuando no la advertimos, no es porque no esté. El primer signo de que hemos eliminado a Cristo es que todo nos cansa. Nos lo hemos pasado bien juntos, de hecho la cena no fue mal, estábamos todos, ¡pero al

50 *Ibidem*, pp. 199-200.

51 Cf. L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., pp. 73-74.

final acabamos cansados! Mientras que la misma cena, en otra ocasión, está llena de una presencia tal que volvemos a casa conmovidos. ¡Si reconocemos Su presencia! ¡Todo menos algo abstracto, amigos! Me preguntas: «¿Cómo volver al punto central?». Dime antes que nada: ¿por qué hay que volver al punto central? Si os falta algo, volved; y si no os falta, ¿por qué deberíamos plantearnos el problema? Quedaos en vuestro aburrimiento. ¿Por qué debemos hacernos problemas con Cristo y con la fe, si estamos fenomenal sin Él? Si volvemos a Él es porque sin Él nos cansamos de todo; y cuando está nos hace estar tan contentos que aumenta nuestro deseo. ¿Nos falta algo cuando Él no está? ¿Nos falta algo cuando nos contentamos con estar bien juntos? ¿Nos falta Él o no? Esta es la clave: ¡que no lo echamos de menos! Por eso nuestro pecado no tiene que ver sólo con las cosas que hacemos mal, con las cosas que hacemos de forma equivocada (nuestros errores no serían nada); el problema es que no echamos de menos a Cristo.

Intervención: En la lección de esta mañana me has descrito completamente, sobre todo en estos últimos seis meses, hasta que...

Carrón: No tenía información privilegiada.

Intervención: Hasta que has citado la respuesta del Papa a una pregunta: este deseo, ¿es en el fondo una tomadura de pelo o no? Y el Papa decía: «El infinito ha asumido una forma finita». Al oír esto me he enfadado, porque no puedo poner ningún ejemplo de esto.

Carrón: En vez de alegrarnos, nos enfadamos por las buenas noticias. Nos hacen un regalo y nos enfadamos.

Intervención: Y me he enfadado todavía más cuando has dicho que Jesús no sólo promete sino que cumple. Si pienso en mí misma digo: suceden cosas grandes, pero yo estoy siempre triste. Entonces, ¿qué quiere decir que Cristo cumple mi vida hoy?

Carrón: ¿Qué quiere decir «cumplir»? Esta es la confusión en la que caemos muchas veces. Para nosotros «cumplimiento» quiere decir anulación del

deseo, que ya no deseas más; de hecho, si no desearas no estarías triste, porque la tristeza – decía santo Tomás – es la percepción de un bien ausente. Por eso estoy triste, porque me falta algo. Entonces, ¿cómo imaginamos el cumplimiento? Como un estado en el que no nos falte nada. Esto sería para nosotros el “top” del cumplimiento, una especie de cumplimiento “budista” (usando la expresión en sentido amplio): anular el deseo. Por otro lado está el “cumplimiento burgués”: yo me lleno hasta tal punto que ya no deseo nada. Imagínate que, por un momento, estuvieses tan llena que no desearas ya nada más; ¿qué sería la vida? Un aburrimiento sin fin. Por eso don Giussani dice una cosa preciosa sobre el cumplimiento final: «No es como el que tiene sed, va a beber y, después de haber bebido, deja de tener sed [esta es nuestra imagen: bebo, y así dejo de tener sed]; más bien es como uno que tiene sed, sumerge la cara en el manantial, bebe y, cuanto más bebe, más sed tiene, en donde beber significa, por tanto, satisfacer incesantemente una sed continua»⁵². ¿Te gustaría dejar de sentir nostalgia por tu novio? ¿O no volver a tener sed? ¿Es lo que deseas? Sería la tumba de tu amor. El día en que dejes de tener “sed” de ver a tu novio querrá decir que ya no te interesa. Muchas veces pensamos en el cumplimiento como la anulación del deseo: que yo no sienta más la necesidad, la nostalgia, la tristeza. Pero esto sería inhumano. Lo que tú quieres es desear cada vez más a tu novio, verle cada vez más y que su presencia llene continuamente tu sed, despertándola constantemente. Esto es lo que deseas, no dejar de tener sed. Si no entendemos esto, nos mantenemos en una imagen del cumplimiento como anulación del deseo. Por eso don Giussani describe el paraíso como un satisfacer incesantemente una sed continua. Si no fuese así, ¿qué sería? Un aburrimiento infinito. Imaginad toda la eternidad sin desear nada. Es terrible pensarlo. Menos mal que no es como nosotros pensamos. En cambio, que yo esté delante de Su presencia y que desee cada vez más estar delante de ella, esto es el Paraíso: ¡cuanto más me relaciono con Cristo, más se despierta en mí la nostalgia de Él y el deseo de estar con Él! Su presencia despierta constantemente mi sed. Si esto no fuese así sería el aburrimiento infinito. Esto es lo que Cristo ha traído consigo. Cristo no ha venido a eliminar el drama, de modo que tú, en un momento dado,

⁵² L. Giussani, *Avvenimento di libertà. Conversazioni con giovani universitari*, Marietti 1820, Genova 2002, p. 20.

dejes de necesitar la relación con Él. Cristo ha venido a exaltar el drama. Es lo mismo que con tu novio. De hecho, desde que estás enamorada se ha agudizado el drama: ¿estabas más tranquila antes de enamorarte o no? Entonces, ¿preferirías no estar enamorada? ¿Es esto lo que prefieres? ¿Por eso te has enfadado esta mañana? Ahora, cuando te he hablado del novio, has encontrado en tu vida un ejemplo que te permite comprender lo que no te convencía esta mañana. El cumplimiento que deseamos verdaderamente es lo contrario de lo que manifestaba tu reacción de esta mañana, que ha sido – podemos decir – “intelectual”, fruto de un modo de usar la razón separada de tu experiencia, porque en tu experiencia sucede lo contrario de lo que has dicho. Si no partís de vuestra experiencia para poder comprender las cosas, os equivocáis, os complicáis la vida y empezáis a estar... ¿cómo decías antes?

Intervención: Enfadada.

Carrón: Enfadados. ¡No debéis enfadaros! Nos enfadamos con Aquel que viene a salvarnos. ¡Estamos buenos! Por eso es importantísimo que, tal como nos ha enseñado siempre don Giussani, empecemos a hablar de las cosas a partir de la experiencia, no a partir de nuestras imágenes, de lo que sería aparentemente lógico según un cierto modo de pensar – que es lo contrario de lo que nos dice la experiencia –. La realidad se hace transparente en la experiencia, en la experiencia aprendes qué es la realidad, no con tus pensamientos. Pero nosotros, como estamos separados de la experiencia, nos enfadamos. Cristo ha venido para exaltar el drama, no para ponerle fin. La «criatura nueva» es una exaltación de la razón y del afecto, no su anulación; si fuese una anulación, Cristo no nos salvaría, nos hundiría; no sería el cumplimiento, sino la tumba.

Intervención: ¿Cómo es posible mirarse con ternura? Delante de mi pecado, la primera vez digo: «No debo desanimarme», la segunda: «Es mi límite, no debe asustarme»; la tercera: «Estoy mal hecha». Y cuando caigo en la cuenta de que Cristo está presente, termino diciendo: «Eres muy bueno conmigo, sin embargo yo sigo pecando», y estoy siempre en el punto de partida...

Carrón: Es como si le dijese a Jesús: «Eres muy bueno conmigo, pero eres un poco limitado, no me entiendes bien, porque yo estoy mal hecha». Es como si en la relación contigo Cristo hubiera tenido un descuido.

Intervención: El hecho es que me pregunto...

Carrón: En resumen, Jesús sería bueno pero un poco limitado.

Intervención: No, sin embargo... bueno, en parte sí, porque en ese punto me pregunto: ¿por qué me has elegido? ¿Qué designio tienes sobre mí? Porque yo estoy siempre aquí, sigo pecando, no lo consigo y entonces digo: ¿cómo es posible quererse? ¿Cómo hacer para que el camino no se convierta en ansia de perfección, para que la intuición llegue a ser consistencia?

Carrón: Gracias por esta pregunta, porque nos ayuda a comprender también otras cosas decisivas. Habitualmente identificamos – como decíamos antes – el cumplimiento con la anulación del deseo, concebimos el ser felices como un no tener límites; y cuando Jesús no elimina enseguida nuestros límites nos quedamos desconcertados; pensamos que es bueno, misericordioso, pero que en el fondo no entiende que «estamos mal hechos». Pensamos que ser cristianos significa dejar de pecar, dejar de equivocarnos. Es cierto, Jesús quiere llegar a esto, pero según un camino, según un designio que no es el nuestro. Por eso Cristo no se asustaba y no se asombraba por todas las veces que Pedro (por poner un ejemplo que te ayude) no comprendía, por todas las veces que se equivocaba. Habría podido dejarle “planchado”, mandarle a paseo. Pero, ¿cómo es posible elegir a gente que no entiende y que se equivoca una y otra vez? ¿Era Jesús un poco ingenuo, y por eso eligió a pobres hombres como Pedro, o tenía tal vez una imagen de lo que quería hacer con ellos distinta de la que tenemos nosotros? Te ha elegido tal como eres, llena de límites, como me ha elegido a mí, lleno de límites – lo que no significa que estemos mal hechos –, porque quiere introducirnos en una experiencia distinta. ¿Cuál es el primer signo de que para Él no es tan decisivo como crees el hecho de que nos equivoquemos? Que sigue dándote la vida. Esto podría darte un primer indicio de que Le importas a pesar de tu mal.

Es lo mismo que hace con Pedro: no le dice que ha actuado bien; no, le corrige, le grita, le dice de todo, pero sigue siendo su amigo. De este modo crea una relación con Pedro que poco a poco le descoloca. Leamos cómo describe don Giussani el diálogo con Pedro después de haber cometido el mayor error: le ha negado delante de todos la víspera de la Pasión. Se encuentra con Pedro después de la resurrección, en la orilla del lago. Están pescando y ven a uno en la orilla. Y Juan dice: «Es el Señor». Pedro habría podido pensar: «¡No! Tengo que esconderme, hacer como si no estuviera». En cambio no, Pedro se arroja enseguida al agua para llegar el primero. Luego llegan los demás. Imagina lo que habrá pensado Simón Pedro: «Simón, cuyos muchos errores le habían convertido en el más humilde de ellos, sentado también en el suelo frente a la comida preparada por el Maestro, mira a su lado y con asombro y temor ve que se trata de Jesús. Entonces aparta la mirada y se queda así, cohibido. Pero Jesús le habla. Pedro piensa para sí: “¡Dios mío, [...] cuántos reproches me merezco! Ahora me va a decir: ‘¿Por qué me has traicionado?’”. La traición había sido su último gran error, pero toda su vida, aun dentro de su familiaridad con el Maestro, había sufrido tribulaciones debido a su carácter impetuoso, a su temperamento fuertemente instintivo, que le hacía lanzarse sin medir las consecuencias. Se juzgaba a sí mismo a la luz de esos defectos [como tú: cuando eres consciente de tu última equivocación es como si vieras la película de tu vida con todos los errores cometidos]. Aquella traición final había sacado a relucir todos sus fallos: que él no valía nada, que era débil, débil hasta dar lástima [como tú y como yo: débiles hasta dar lástima]. “Simón...” – ¡quién sabe el escalofrío que debió recorrer su cuerpo mientras escuchaba esa palabra llegándole al corazón! –, ¿me amas?”. ¿Quién se podía esperar esa pregunta? ¿Quién habría sospechado algo así? [...] “Simón, ¿me amas?”. “Sí, Señor, yo te amo”. ¿Cómo podía decir eso después de todo lo que había hecho? Ese “sí” era la afirmación de que reconocía en Él una excelencia suprema, una supremacía innegable, una simpatía que arrastraba a todas las demás. Todo quedaba recogido dentro de aquella mirada. Era como si su coherencia y su incoherencia pasaran por fin a un segundo plano frente a una fidelidad que sentía como carne de su carne, frente a la forma de vida que aquel encuentro había plasmado en él». «Sí, te amo». ¿Qué está diciendo Simón al hacer esta

afirmación? Mira cómo lo expresa don Giussani: «Mi entera preferencia, la preferencia de mi alma, toda la preferencia de mi corazón es para Ti. Tú eres la preferencia absoluta de mi vida, el bien supremo de las cosas. Yo no lo sé, no sé cómo, no sé cómo decirlo y no sé cómo es así, pero a pesar de todo lo que he hecho, a pesar de todo lo que pueda hacer todavía, yo Te amo»⁵³, es decir, toda mi simpatía humana es para ti, Cristo. La verdadera cuestión es si prevalece esta relación, si toda mi simpatía humana, incluso dentro de mi error, es para ti, Cristo. Si prevalece esto, querida amiga, si en nuestra vida prevalece esto poco a poco, aun con todos nuestros límites, el nuestro será un camino lleno de ternura y de misericordia; un camino en el que el afecto por Jesús atraviesa todo nuestro error, nuestro mal y nuestra humanidad, y cada fibra de nuestro ser se pega a Jesús. Entonces empezará a entender que estás bien hecha, pero que para que se cumpla tu vida es necesario hacer un camino a lo largo del cual Jesús no se asusta de tus errores. Si quieres ser querida como fue querido Pedro, entonces en tu vida dominará Su atractivo y la simpatía humana por Él.

Intervención: Mi intervención es con respecto a la carta de la chica que, hablando de la relación con su novio, ha llegado a darse cuenta de que ni siquiera él es suyo, sino de Otro. Si lo comparo con mi experiencia, no entiendo cuál es mi papel; en el momento en que te das cuenta de que el amigo o el novio no es tuyo, ¿qué eres tú para él?

Carrón: Perfecto. ¿Lo veis? O somos todo para el otro, y de este modo nos preparamos ambos para el desastre, o el día en que nos damos cuenta de que no somos todo – porque el destino del otro es más grande – ya no sabemos cuál es nuestro papel en esa relación. Cuando les decía a aquellos que se querían casar: «Pero no pensarás que tú la vas a hacer feliz, ¿no?», me respondían: «Entonces, ¿para qué nos casamos?». Y yo: «Es una buena pregunta. ¡Cuanto antes os la hagáis, mejor!». ¿Cuál es nuestro papel? No somos uno el cumplimiento del otro, sino que somos una compañía al destino, y el destino de ambos es Cristo. Tu papel es despertar en el otro todo su deseo, el deseo del infinito, el deseo de Cristo, y el papel del otro es

53 L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, pp. 81-82.

despertar el mismo deseo en ti. Entonces tú quieres a esa persona porque es la que el Misterio te ha dado para despertar en ti, y viceversa, todo el deseo y la nostalgia de Jesús. Y este papel es decisivo. Tú eres la que más le remite a otra cosa, la que más despierta en él el deseo de infinito, pero al mismo tiempo tú no lo puedes cumplir, y deberías llorar el día en que te des cuenta de que no lo puedes cumplir. Pero, al haberte encontrado con Jesús, sabes por qué os ha hecho encontraros: para que os remitáis el uno al otro, para que os ayudéis el uno al otro a caminar hacia el Único que cumple, Cristo. Este es nuestro papel: llegar a ser una compañía verdadera hacia el destino. Esto resolvería muchos de vuestros enfados, tanta violencia entre vosotros, porque no es el otro el que cumple nuestra vida; el deseo del que estamos hechos es mucho más grande de lo que el otro puede cumplir. Descubrir vuestro papel es fundamental para comprender por qué os casaréis, por qué el Misterio os ha dado al otro, este otro tan decisivo para caminar hacia el destino.

SÍNTESIS | JULIÁN CARRÓN

9 de diciembre, por la mañana

Julián Carrón: «Mientras me paseo bajo el cielo me maravillo de que Jesús el Salvador viniese para morir por la pobre gente hambrienta como tú y como yo»⁵⁴. «Dios siempre es el comienzo», nos ha dicho el Papa en el Sínodo. «Sólo el proceder de Dios hace posible nuestro caminar [el camino]. [...] La iniciativa auténtica, la actividad verdadera viene de Dios. Sólo si entramos en esta iniciativa divina, sólo si imploramos esta iniciativa divina, podremos también nosotros llegar a ser – con Él y en Él – evangelizadores. Dios siempre es el comienzo»⁵⁵. Sólo quien se deja aferrar por Dios, que se ha hecho cercano en Cristo, puede responder a los desafíos que tenemos ante nosotros. Lo que ahora queremos hacer es mirar juntos el camino para tratar de insertarnos en esta iniciativa de Dios.

En la carta que escribí después del Sínodo recordaba una frase de don Giussani que habla precisamente de esta iniciativa de Dios: «El Movimiento nació de una presencia que se imponía introduciendo en la vida la provocación de una promesa a seguir». Esta presencia que se impone será siempre el inicio, como testimoniáis vosotros mismos. «En este último periodo estoy viviendo todo de un modo que, hasta hacía poco tiempo, pensaba que era imposible para mí. Nada más llegar a la universidad conocí a algunos universitarios de CL y me pegué a ellos enseguida. Me impresionaba su forma de estar juntos, su compromiso con el estudio y con la universidad, y me daba cuenta de lo bonito que era vivir así. Entonces empecé a desear vivir como ellos. He descubierto que no es una cuestión de capacidad. Esa forma de vivir y de actuar no la he aprendido como una lección, sino siguiéndoles, y he empezado a no desear menos de lo que en realidad deseo, y a darme cuenta cuando no es así [una presencia que se impone pone en marcha nuestro deseo por una promesa]». Otra amiga escribe: «Algunos hechos que me suceden todos

⁵⁴ «I Wonder», en *Cancionero*, op. cit., p. 443.

⁵⁵ Benedicto XVI, *Meditación durante la primera Congregación General de la XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos*, 8 octubre 2012.

los días tienen exactamente el mismo alcance que aquel primer encuentro con el movimiento [y cita]: “Introducen en la vida la provocación de una promesa a seguir”, como decías en la carta. Prometen la vida, la de verdad. Y deseo seguir a estas personas porque veo que me conviene». Es lo mismo que ha sucedido estos días, como decía ayer Nick en la cena, y que ha llevado a muchos de vosotros a seguir la experiencia.

Nick: Ayer me quedé muy impresionado por la asamblea, y mientras salía me decía: he vuelto a comprender por qué soy del movimiento, por qué estoy aquí y por qué quiero estar aquí; mientras tú hablabas, y para responder a las preguntas contabas cómo desafiaba Jesús a sus discípulos y a la gente con la que se encontraba, me decía a mí mismo: esto es, ahora, en este instante, estamos asistiendo a lo mismo, es decir, estamos ante el mismo espectáculo. Y si miro todos estos años, como creo que nos pasa a muchos de nosotros, no puedo dejar de decir que he visto esa mirada reveladora de lo humano, que la hemos visto, que he hecho experiencia de esa correspondencia imposible, que ser desafiado de este modo, como Jesús desafiaba a sus discípulos, hasta encontrarme delante de alguien que ama más mi libertad que mi adhesión formal, esto yo lo he visto, lo hemos visto. Por eso ayer salí de la asamblea más agradecido que nunca por esta historia, y con esta evidencia ante mis ojos: que es verdad lo que tú nos dices, es decir, que la distancia de todos estos años de historia que nos separan de aquel hecho se ve anulada porque vuelve a suceder ahora lo mismo; y cuando sucede, uno lo sabe.

Carrón: Lo sabe porque corresponde, no hace falta que se lo explique nadie. Es «un hecho de vida», dice don Giussani, un hecho de vida que nos aferra hoy. Justamente porque se trata de un hecho de vida, es imposible permanecer indiferentes ante él, como dice otro de vosotros: «En este periodo me han sucedido muchísimas cosas, desde las más bonitas e inmediatas de comprender y de aceptar hasta las difíciles y menos inmediatas. Sin embargo, delante de todo esto me doy cada vez más cuenta de que me resulta imposible permanecer indiferente a una plenitud de vida que, dentro de un trabajo cotidiano, nace en todo lo que sucede, y que tiene como punto de origen el grito de mi corazón. El hecho cada vez más evidente es que este grito se cumple en cada instante en la relación con Cristo, y se expresa dentro del

seguimiento a la compañía del movimiento». Es decisivo darse cuenta de esto. Don Giussani es un amigo grande que nos dice que estemos atentos, porque ante lo que sucedió en el origen – una presencia que se imponía y que introducía en la vida la provocación de una promesa a seguir, hasta el punto de que uno ha deseado esa plenitud, no ha querido permanecer indiferente – corremos el riesgo de cambiar de método. «Pero luego – dice don Giussani – hemos confiado la continuidad de este inicio a los discursos y a las iniciativas, a las reuniones y a los quehaceres. No lo hemos confiado a nuestra vida, de modo que el inicio ha dejado de ser muy pronto verdad que se ofrece a nuestra persona, y se ha convertido en pretexto para crear una asociación, una realidad sobre la que descargar la responsabilidad del propio trabajo y de la que pretender la solución de las cosas. Lo que debía ser la acogida de una provocación y, por tanto, un seguimiento vivo, se ha convertido en obediencia a la organización»⁵⁶. Como escribe una amiga, esta tentación está siempre al acecho: «Después de la carta que escribiste en *La Repubblica*, me he visto obligada a juzgar de nuevo desde el principio toda la experiencia que he vivido estos años con vosotros en la Universidad. Ha sido muy doloroso reconocer que muchas veces he reducido el encuentro que he tenido a un conjunto de iniciativas, todas preciosas, y de cosas que hacer o decir, pero en las que, en el fondo, faltaba yo [descargamos nuestra responsabilidad en una organización de la que se espera la resolución de las cosas: “¡Faltaba yo!”]. De hecho, he tenido que constatar que tenía miedo de mi libertad y de mi deseo ante las cosas, por lo que muchas veces me era suficiente con el juicio de otro. Cuando me he dado cuenta de esto, al principio he sentido una gran rabia, y luego un dolor enorme. Y la única razón por la que he podido mirar hasta el fondo mi mal y no derrumbarme ha sido reconocer que a pesar de todo yo he sido y soy querida. Y este juicio ha conllevado una liberación impensable, que ha tenido como consecuencia una disponibilidad y un deseo de volver a mirarlo todo, tratando de comprender qué había ahí para mí, tratando de no quedarme pegada a mis esquemas y a una posición que defender, y se ha convertido en un trabajo realmente precioso, aunque con muchas dificultades, en el que estoy recuperándome lentamente y descubriéndome a mí misma [¿Os interesa esto? Si no es así, buscaos otra asociación, hay muchas en el

⁵⁶ L. Giussani, *Il rischio educativo. Come creazione di personalità e di storia*, Sei, Torino 1995, pp. 63.

mundo, en la que pagáis un peaje y pertenecéis al club]. Todo esto habría sido imposible sin un seguimiento al movimiento, a ti y a todos los que se me han puesto para que les siga en la vida cotidiana». La tentación de reducir todo a un mecanicismo está siempre al acecho, como dice otra carta. Son testimonios de cómo podemos quedarnos bloqueados un instante después del inicio; no es que no haya sucedido nada, pues en caso contrario no estaríamos aquí hablando, no nos quedaríamos aquí escuchando, pero la tentación de reducir todo sigue presente. Es fundamental tener las ideas claras con respecto a los «pero luego...» – esos «pero luego» que cambian el método – para ayudarnos a no perder la fascinación, la frescura del inicio. «En septiembre empecé la especialidad de licenciatura en otra universidad. La llegada y el impacto con una realidad muy distinta, además de otras dificultades, me han hecho sentir miedo de no estar a la altura de las circunstancias. No sé explicar muy bien por qué. Es como si, en un momento dado, se hubiese desencadenado en mí un mecanismo para sobrevivir: “Tengo que concentrarme en mí misma, tratar de autogestionarme”, pero me he visto cada vez más sola. En el momento en que he decidido arreglármelas sola me he perdido a mí misma, porque he perdido la verdad de mi vida». En un momento dado, uno piensa que puede arreglárselas por sí mismo: ya he comprendido, tengo en mi mano todo lo que he aprendido, no necesito seguir, puedo autogestionarme, y entonces «he perdido la verdad de mi vida». «Después, el reencuentro con una amiga me ha hecho comprender de nuevo que Cristo se inclinaba sobre mí y me llamaba por mi nombre, no me dejaba en mi inconsistencia y en mi dolor. Ese día entendí de verdad, después de años de vida en el movimiento, qué es de verdad el movimiento». El movimiento no es una asociación, no es una organización, no es un club, se llama «Iglesia», es el lugar en el que Cristo sigue presente para salvarnos continuamente. Y si no entendemos esto, no tenemos una razón adecuada para estar aquí. Enseguida vemos lo que sucede cuando pensamos que nos las podemos arreglar solos, como si el movimiento fuera sólo para adolescentes que luego, una vez que han crecido, pueden prescindir de él; es algo que va bien, pero sólo para una cierta fase de la vida. Esta es la imagen que los racionalistas tenían de la Iglesia: ha contribuido a la educación de la humanidad, pero esta, una vez que ha llegado a la edad adulta, debe prescindir de ella. Hoy vemos cómo hemos acabado. Esta tentación está siempre al acecho, como vemos entre nosotros, es la tentación de nuestra

autonomía. Pero, ¿por qué necesito depender? Somos unos pobrecillos tales que necesitamos de otro para ser nosotros mismos, pertenecemos para no perdernos a nosotros mismos. Dependemos. Sigue la carta: «Este es el lugar en el que continuamente soy llamada por mi nombre. Entonces empiezo a entender el seguimiento en su verdadera profundidad: no es una esclavitud, no es la prenda que tengo que pagar a la asociación, sino que es – como dice don Giussani – un seguir vivo que me restituye una y otra vez a mí misma y a mi vida. Por eso mi único deseo en este momento es tener siempre la lealtad de seguir».

Don Giussani – ¡qué gracia tan grande para nosotros! – nos ayuda a comprender qué es de verdad el seguimiento. De hecho, muchos, incluso aquellos que reducen el movimiento a las iniciativas, a una organización, a un mecanicismo, pueden usar la palabra «seguir», pueden decir: «Yo estoy siguiendo», mientras hacen justo aquello contra lo que nos pone en guardia don Giussani: «Pero luego hemos confiado la continuidad [...] a las iniciativas [...] y a los quehaceres». Aunque dijese: «Estoy siguiendo», Giussani dice: «¡No!». ¿Por qué tiene razón don Giussani? Lo que dice Giussani es verdad no porque lo diga él – si así fuese le trataríamos como un gurú –, sino porque ese seguir de forma reducida no corresponde a las exigencias del corazón, porque constatamos que algo se interrumpe en nosotros, que nos perdemos por el camino. Podemos encontrar en nuestra experiencia la confirmación de la verdad de lo que nos dice don Giussani.

Debemos salir de aquí con una claridad mayor sobre qué es el seguimiento. He retomado este tema en la carta después del Sínodo: «El seguimiento es el deseo de revivir *la experiencia* de la persona que te ha provocado y te provoca con su presencia en la vida de la comunidad; es el deseo de participar en la vida de esa persona en la que te es dado algo de Otro, y es a este Otro a lo que manifiestas devoción, a lo que aspiras, a lo que quieres adherirte en este camino»⁵⁷. Don Giussani nos ha dejado esta descripción del seguimiento para que podamos compararla con lo que vivimos cada día. Nosotros podemos llamar seguimiento a muchas cosas que no lo son, que son reducciones del seguimiento. Con frecuencia pensamos que seguimos porque repetimos el discurso justo, ese que nos hemos aprendido; pero si

⁵⁷ *Ibidem*, p. 64.

establecemos la comparación, veremos enseguida la diferencia. Don Giussani no dice que seguir sea repetir lo que ya sabemos, sino revivir la experiencia de la persona que te ha provocado. Se trata de revivir una experiencia y no de repetir un discurso, por muy justo que sea. ¡Es muy distinto! Seguir no es tampoco participar sólo en ciertas iniciativas, por muy justas que sean, sino – precisamente – revivir la experiencia de aquel que te ha provocado. Seguir no es apegarte sentimentalmente y de forma personalista a uno u otro, al jefe de turno, porque te puedes apegar y sin embargo no hacer su misma experiencia. Seguir es revivir la experiencia de la persona que te ha provocado, que es lo que uno desea al inicio; uno encuentra algo y dice: «He empezado a desear ser como ellos, a participar de esa experiencia». Giussani da voz a lo que uno desea, es alguien que se adhiere más que cualquiera de nosotros a lo que nos pasa a todos, es leal con lo que emerge en nosotros, no se separa de la realidad. ¿Qué quiere decir participar en la experiencia de otro? ¿Qué quiere decir la experiencia del otro sin reducirla? Mirad cómo responde Giussani: «Es el deseo de participar en la vida de esa persona en la que te es dado algo de Otro»⁵⁸. Si no llegamos a ese Otro, no hacemos la misma experiencia que la persona que nos ha provocado. Y nos ha provocado no porque sea necesariamente un genio, porque sea capaz, porque sea particularmente aguda, sino por ese Otro, porque introduce a ese Otro en nuestra vida. Lo que más impresiona a los demás cuando nos ven es este Otro que portamos en la fragilidad de nuestros rostros. Y si no nos dejamos introducir en la relación con este Otro, no hacemos la misma experiencia, no estamos siguiendo la experiencia del otro. Decía Giussani refiriéndose a sí mismo: «Puede haber cientos y cientos de personas ligadas a mi persona [¡lo decía él!], pero entre ellos no sucede nada»⁵⁹, porque no hacen su misma experiencia, porque lo que nos une es que cada uno aprenda, es decir, haga su misma experiencia. Don Giussani no se conformaba – esta es su amistad para con nosotros – con que hubiese muchos individuos ligados a su persona como tal, porque esto no bastaba. Jesús no se conforma con que la gente se ligue a Su persona; él multiplica los panes, y todos se apegan a su persona hasta el punto de que quieren hacerle rey, pero Jesús huye. «No se trata de esto». Y vuelve a la carga. «Si no entendéis que tenéis que comer mi cuerpo y beber mi sangre, no podéis tener vida en

vosotros». Y cuando les invita a hacer su misma experiencia, ellos se enfadan y se van. Parecía que querían seguirle, se habían ligado a Su persona (¡querían hacerle rey!), pero no estaban disponibles para hacer Su misma experiencia, y entonces le abandonaron.

Podemos leer todo el Evangelio en esta clave: «Pedro, ¿quién dice la gente que soy yo?». «¿Tú? El Mesías». «Bien, Pedro»; está apegado a Él, pero Jesús continúa: «Ahora vamos a Jerusalén porque debo morir»; «¡No!, ¡hasta ahí podíamos llegar!». Pedro está ligado a Jesús, pero no quiere hacer su experiencia, y entonces introduce su medida: «¡No, no, no, ni en sueños!», pero Jesús no cede: «Entonces, aléjate de mí, Satanás, porque tú piensas como los hombres, no como Dios»; es decir, ¡Pedro no quiere hacer la experiencia de Dios que hace Jesús! ¿Comprendéis la diferencia entre el seguimiento que tiene Pedro en la cabeza y la concepción de seguimiento propia de Jesús? Él les descoloca constantemente, como hemos visto en la Escuela de comunidad. Llegan al Huerto de los olivos, vienen a prenderle, y Pedro, que no había comprendido el reproche que le había hecho antes, vuelve a la carga, saca la espada y le corta la oreja al soldado romano. «Pero, ¿no entiendes, Pedro? ¿Estás tan obcecado que no comprendes que mi Padre tiene legiones de ángeles? ¿O piensas que se ha dormido o está distraído? ¿No entiendes que lo que ahora sucede es designio Suyo, que yo me inclino ante el designio de Otro? Y si tú quieres estar conmigo, si quieres hacer la misma experiencia que yo, tienes que entrar también tú en el designio de Otro, porque si no entras en él, acabarás siendo víctima de las cosas cuando no vayan como tú quieres. Pero yo quiero introducirte en la relación con mi Padre que está en los cielos, quiero hacerte ver qué es la vida, hacerte experimentar la victoria que es tu mismo vínculo con el Padre. Cuando veas esta victoria en mí, podrás entender que este vínculo es más poderoso que la muerte, más poderoso que cualquier derrota. Yo quiero ayudarte a comprender que la verdadera cuestión es el vínculo con el Misterio que nos hace. Seguir es seguirme hasta aquí, porque es ese vínculo lo que le da a la vida tal consistencia que te permite mantenerte en pie, pase lo que pase. Este vínculo se revela más potente que cualquier mal, que cualquier herida, que cualquier derrota, que cualquier circunstancia. ¿Te interesa esto o no? Porque en caso contrario ya hemos perdido la batalla».

¿Comprendéis qué pasión tiene Jesús por nuestra vida? Entiendo perfectamente que cualquiera, ante un hombre así, desee seguirle, vivir

58 *Ibidem*

59 Consejo Nacional de CL, Idice, San Lazzaro di Savena (BO), 1-2 marzo 1980.

su misma experiencia: «Mientras releía tu intervención en la Jornada de apertura de curso, me llamó la atención esta frase: “De hecho, hay una batalla que dura toda la vida. ¡Que yo tenga presente a Jesús en todo el vivir! Esto es lo que nos promete nuestra amistad: una ayuda para incrementar esta memoria, para avanzar, para caminar siempre dentro de ella” en cualquier batalla. Con el comienzo del curso, que para mí ha sido y sigue siendo algo difícil, he descubierto en mí más que antes la exigencia de seguir a alguien, de confrontarme de verdad con una persona. El primer día de universidad fui a Misa y me encontré con un amigo muy grande que me invitó a comer. Se produjo enseguida una conversación intensa con otra amiga nuestra que contaba sus dificultades en el trabajo y en la vida en el piso, un poco desanimada en el fondo. Entonces mi amigo le preguntó: “Pero, en todo esto, ¿ha habido al menos un momento en el que hayas hecho una experiencia de libertad?”. De este modo, la conversación cambió de cariz completamente, porque con esta simple pregunta se centró la cuestión. “En todo lo que te sucede, ¿reconoces algo que te hace libre, que te permite no derrumbarte, aunque todo a tu alrededor parezca estar en tu contra?”. Esta pregunta fue la primera de una serie de provocaciones nacidas de la relación con este amigo, y me he dado cuenta de que yo deseo también su misma libertad y alegría, y he decidido seguirle. Al hacer esto he percibido que él es así porque a su vez sigue a esta compañía sin medias tintas, yendo siempre al origen. Y al hacerlo me empuja también a mí a este reconocimiento. De hecho, cada vez que le cuento algo es imposible permanecer en la parcialidad, porque me pide razones de todo. Y esto ha provocado el inicio de un trabajo: ¿quién eres Tú que atraes a ese hombre hasta el punto de hacerle tan vivo y tan libre? [Este otro que tienes delante te lleva a Otro; pero, ¿quién eres Tú, Cristo, que atraes a este hombre hasta el punto de hacerle tan vivo y tan libre? Por eso te provoca, por ese Otro]. Y me he visto a mí misma preguntando para después pedir: “Haz que también yo te reconozca, hazme como él”, y ha empezado a abrirse camino en mí el deseo de entrar también yo en relación consciente y cierta con esa Presencia que él siempre tiene en mente. He deseado poder hacer su misma experiencia, esa que a mí, a veces, me parece tan lejana y abstracta por una falta de autoconciencia, por la falta de un trabajo previo. Ya no me escandalizo de esto como antes, sino que estoy agradecida por este encuentro. Te pido que me ayudes en este trabajo de reconocimiento y de seguimiento».

¿Por qué es decisivo llegar hasta ese Otro? Porque sólo si alguien te lleva hasta ese Otro te está conduciendo a aquello a lo que aspiras, al objeto de tu espera. Por eso dice don Giussani: «Es a este Otro a lo que manifiestas devoción, a lo que aspiras, a lo que quieres adherirte en este camino»⁶⁰. Si no llegamos a este Otro, no podremos encontrar lo que nuestro corazón espera. Por eso Jesús no se conformaba: «Mirad que si no coméis mi carne y bebéis mi sangre no podréis tener vida. Si no os llevo al origen de mi vida, no podréis manifestar devoción de verdad, no podréis veros aferrados, no podréis hacer esta experiencia de correspondencia que es la aspiración de todo hombre». Hace algún tiempo me contaba un amigo que en un momento dado, después de haber empezado a hacer experiencia de ese Otro, se había sorprendido ante un canto que había escuchado muchas veces: «Mi alma tiene sed del Dios vivo: ¿cuándo veré Su rostro?». Me contó que había sentido el apremio y el deseo de ver Su rostro. Cuando hacemos este camino, si no reducimos el seguimiento a nuestra medida, nos sorprendemos en un momento dado deseando algo que hasta hace poco – como me decía mi amigo – no habríamos ni siquiera soñado. No era la primera vez que escuchaba este canto, pero sólo ahora había podido redescubrir su valor gracias a lo que estaba viviendo. Si no hacemos un camino nos perdemos lo mejor. En cambio, cuando lo hacemos, las cosas empiezan a hablarnos, empiezan a tener una intensidad, un calor, comienzan a aportarnos algo más, algo que hace distinta la vida, y no porque sucedan cosas espectaculares, no. Un canto, por ejemplo, que he escuchado mil veces, en un momento dado adquiere un peso, un calor, una intensidad que nunca antes había percibido; o ver la cara de un amigo, comer juntos o jugar al fútbol. Para experimentar la novedad prometida por Cristo no necesitamos nada distinto del comer, del beber, de estar juntos, de estudiar.

Escribe Lewis: «Lo que más me gusta de la experiencia [es decir, de esta experiencia de correspondencia que descubro en mí] es que es algo honrado. Puedes dar unas cuantas vueltas erróneas, pero mantén los ojos abiertos y no llegarás demasiado lejos sin que aparezcan las señales de peligro. Puedes haberte engañado a ti mismo [durante años], pero la experiencia no te intenta engañar. El universo rodea la verdad por dondequiera que tú la busques»⁶¹.

60 L. Giussani, *Il rischio educativo*, op. cit, p. 64.

61 C.S. Lewis, *Cautivado por la alegría. Historia de mi conversión*, Encuentro, Madrid 1989, pp. 182-183.

La verdadera cuestión es si nosotros queremos seguir, si estamos disponibles para seguir a un maestro tal como se nos propone. Lo que nos propone don Giussani es lo que testimonia el evangelio sobre la relación de Jesús con los discípulos: jamás cedía a otro tipo de seguimiento que no fuese seguir el designio de Otro. Jesús sabía mejor que sus discípulos de qué estaba hecho el corazón del hombre; lo había hecho Él, y lo había hecho para el infinito, sabía que si no hubieran llegado a ese Otro no se habrían visto aferrados. Muchos podrán proponer otras formas de seguimiento. Si os conformáis con menos de lo que hemos dicho, adelante, pero nunca será lo mismo, porque no decidimos nosotros, no decidís vosotros ni deciden ellos qué les corresponde. La experiencia es honesta; no se trata aquí de un problema de opinión, de tomar partido, de interpretar – como piensa tanta gente –, no se trata de nada de esto. Es un problema de correspondencia. Y vosotros debéis decidir si queréis crecer, crecer hasta el punto de seguir la correspondencia, o si queréis escuchar todas las opiniones en circulación. Es el tiempo de la persona, y cada uno tiene en sí un detector para descubrir si es verdadero o no lo que se le propone, se llama «correspondencia».

Sólo si seguimos podremos contribuir a lo que el Papa nos pide para la próxima Jornada Mundial de la Juventud: «Queridos amigos, nunca olvidéis que el primer acto de amor que podéis hacer hacia el prójimo es el de compartir la fuente de nuestra esperanza: quien no da a Dios, da muy poco»⁶². Nosotros podemos ofrecer a nuestros amigos de la universidad, a nuestros compañeros, la gracia que nos ha sucedido; nos ha sucedido a nosotros para el mundo, para la misión, para poder compartir con todos lo que se nos ha dado. Lo hemos visto: muchas personas cuyas cartas hemos leído han podido encontrar un hecho de vida que ha despertado en ellos la esperanza al llegar a la universidad porque se han encontrado con alguien que había dicho que sí. Cualquier otra cosa habría sido demasiado poco. Debemos llevar a las personas a encontrarse con el Dios vivo: «Sed vosotros el corazón y los brazos de Jesús [dice el Papa]. Id a dar testimonio de su amor, sed los nuevos misioneros animados por el amor y la acogida»⁶³. Sed vosotros el corazón y los brazos de Jesús. Pero para poder «ofrecer a nuestros hermanos los hombres – hemos dicho en la carta

después del Sínodo – “un hecho de vida”, es necesario que madure en cada uno de nosotros una autoconciencia tal de nuestra dependencia original que nos permita renacer sea cual sea la oscuridad en la que nos encontremos; y es necesario que el acontecimiento de Cristo nos aferre de tal manera que Su memoria domine nuestras jornadas, ya que nunca soy más yo mismo que cuando Tú, oh Cristo, me sucedes y me invades con Tu presencia»⁶⁴. Dice una amiga nuestra: «Aquí los universitarios de CL no somos muchos [vive en una pequeña ciudad], pero me he dado cuenta de que cuando tú dices que es “el tiempo de la persona” se trata de algo verdaderamente personal. Intento explicarme. Escribías en la carta a la Fraternidad: “Nuestra contribución sólo puede insertarse en el dinamismo que Dios mismo pone en marcha a través de su Espíritu”. Es verdad, sucede así. Te cuento dos hechos pequeños. Durante una Escuela de comunidad entra un chico en la sala y pregunta: “¿Esto es CL?”, y uno de nosotros [eran cuatro gatos]: “Sí, esto es CL”. Y él: “¿Puedo quedarme con vosotros? [Un hecho de vida no es un problema de dimensión, sino de diferencia]. Entonces se me ha hecho evidente que sólo tengo que preocuparme de seguir a quien abraza mi vida así, permitiéndome volver al origen en cada instante. Pero, ¿quién está atento a mi vida y tiene la caridad de volver a abrirme una y otra vez a esa relación misteriosa que me genera? Sólo el que sigue, porque ese es el que cambia la historia». «Lo que puede cambiar la historia [dice otro amigo] no es tanto lo que uno consigue hacer; lo que cambia la historia es un “yo” que empieza a cambiar. Me acuerdo muchas veces de la respuesta que da Jesús a la pregunta: ¿qué tenemos que hacer para realizar las obras de Dios? Jesús responde: “Esta es la obra de Dios: creer en Aquel que Él ha enviado”».

Nuestra contribución al mundo y a nuestros hermanos los hombres es la fe, es el reconocimiento de Cristo que nos aferra, y que por esto puede hacer brillar Su presencia en nuestros rostros. Es lo que nos dice el Papa – y terminamos –: «Así son los nuevos evangelizadores [los nuevos testigos]: personas que han tenido la experiencia de ser curados por Dios mediante Jesucristo. Y su característica es una alegría de corazón»⁶⁵. Parece poquísimos como signo, pero ahí está todo: la alegría del corazón, estampada en nuestros rostros.

62 Benedicto XVI, *Mensaje para la XXVIII Jornada Mundial de la Juventud 2013*, Vaticano, 18 octubre 2012, 5.

63 *Ibidem*, 8.

64 J. Carrón, *Carta a la Fraternidad de Comunión y Liberación*, 1 noviembre 2012.

65 Benedicto XVI, *Homilía en la Santa Misa para la clausura del Sínodo de los Obispos*, 28 octubre 2012.

INTRODUCCIÓN

7 de diciembre, por la noche 3

LECCIÓN

8 de diciembre, por la mañana 11

ASAMBLEA

8 de diciembre, por la tarde 33

SÍNTESIS

9 de diciembre, por la mañana 53

© 2012 Fraternità di Comunione e Liberazione para los textos de J. Carrón

En portada: foto Getty Images

Suplemento de la revista *Huellas - Litterae Communionis*, n°1, enero 2013

Maquetación: IMÁN COMUNICACIÓN